

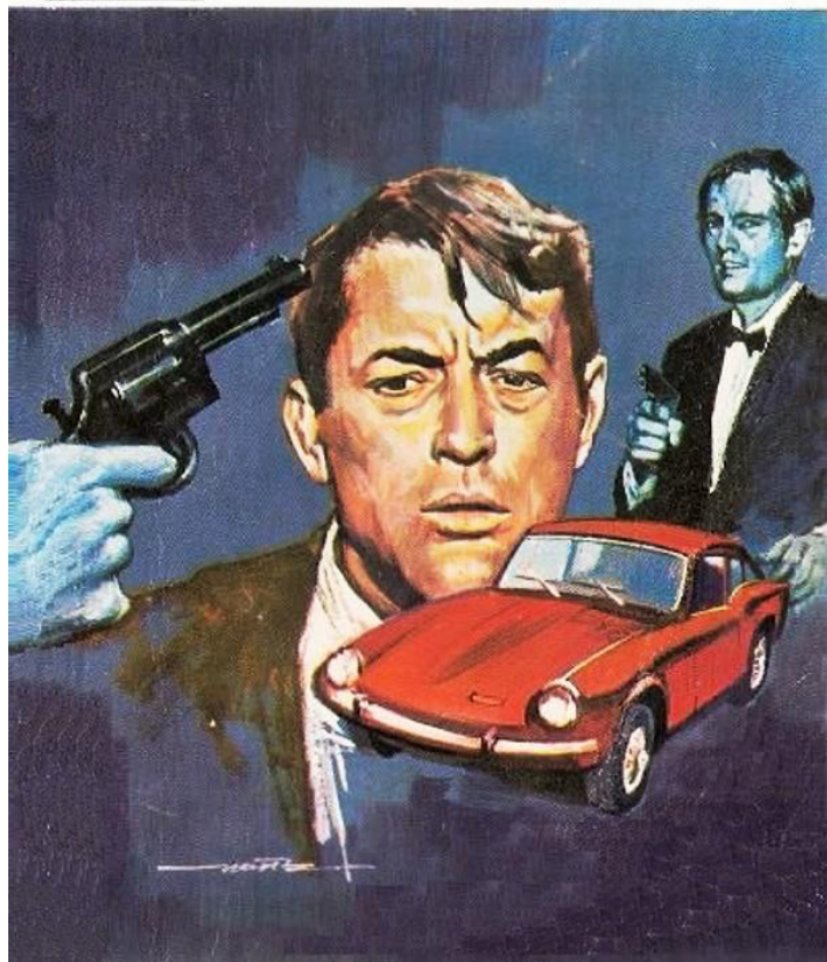
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

el "boom" del hampa

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

EL «BOOM» DEL HAMPA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 544

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 31.503 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1972

© RALPH BARBY, 1972
texto

© JORGE NUÑEZ, 1972
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Dentro del «Mercedes-Benz» negro, modelo Embajador, los semblantes eran graves, serios. Nadie hablaba. Cinco hombres lo ocupaban, uno de ellos vestía de militar, capitán de la Air Forcé.

El aviador se hallaba sentado entre dos hombres en el asiento posterior. Ambos vestían de oscuro, elegantes, con sombrero, pese a estar dentro del automóvil.

El capitán Howard Kenneth tenía la mirada extraviada. Estaba más que flaco, con la piel pegada a los huesos. No debía de haberlo pasado muy bien en los últimos tiempos.

El hombre de su derecha era alto, macizo, casi obeso, de rostro ancho y mirada ladina. Tendría unos cincuenta años, pero sabía cuidarse.

El sujeto de la izquierda también era alto, pero mucho más delgado. Su rostro inspiraba una sensación especial. Era como si llevara máscara, había en él algo desconcertante y enigmático.

El coche rodaba rápido entre un tráfico que comenzaba a ser denso a aquellas horas en que la tarde moría para dejar paso a la noche.

No era fácil que los peatones o automovilistas pudieran escrutar el interior del lujoso «Mercedes-Benz» de importación. Sus cristales, además de antibalas, eran polarizados.

Dejaron atrás el West Broadway, enfilaron por Washington Square y pasaron por el Arco del mismo nombre, entrando en la Quinta Avenida, verdadero espinazo de la abigarrada, rocosa, hormigonada y acerada isla de Manhattan.

Los lujosos y caros comercios de la Quinta Avenida habían encendido sus luces en los escaparates e interiores para atraer a la clientela nocturna que, pese al inhóspito febrero que estaban viviendo, caminaba por sus aceras.

Las luces atraían más a las mariposas de bolsillos vacíos que a

las verdaderas compradoras de las importantes tiendas, mariposas que se pegaban a los cristales para luego abandonarlos llenas de sueños sin esperanzas, cifras de precios astronómicos y un frío que calaba hasta el tuétano.

Una fina lluvia comenzaba a caer.

Dennis, el chófer, puso en marcha el limpiaparabrisas.

La mirada ausente del capitán Howard Kenneth, de las Fuerzas Aéreas, semejó quedar prendida en el movimiento monótono de los limpiaparabrisas. Zum, zum, zum en sus oídos.

Los cristales se perlaron de minúsculas y sucias gotas de agua. Tras ellos, alguien tocó el claxon apremiante.

El lujoso «Mercedes» había disminuido velocidad, se estaban acercando al Central Park. —Ahí, en el *parking* del consulado, hay un hueco— advirtió Omalic junto al chófer.

El automóvil, que junto con la matrícula portaba el distintivo de cuerpo diplomático, aparcó con facilidad y sin objeciones por parte del guardia irlandés que, a caballo y cubierto con un impermeable negro, controlaba la circulación de la Quinta Avenida.

—Ha llegado la hora, capitán Kenneth, ya podrá ser libre. Sólo tiene que entregar este maletín —le dijo el hombre de aspecto fornido que se sentaba a su derecha.

El sujeto de la izquierda sacó un portafolios de tamaño regular con una cadena en su asa y pulsera que cerró alrededor de la muñeca del capitán Kenneth.

—Listos —dijo por todo comentario.

—Somos sus amigos, capitán Kenneth. Le hemos sacado de su encierro, ya puede escapar. Vaya al consulado, es el número ochocientos dieciséis. Sólo tiene que cruzar la calzada. Entre y explique lo que le ha ocurrido.

—Sí, sí, eso haré. ¿Dónde estoy?

—Eso no importa, capitán Kenneth —repuso el hombre fornido, de mirada ladina—. Está a salvo. Seguramente reconocerá cuanto le rodea, pero no busque más que el número y el consulado. Entre en él y pida ayuda. La imaginación puede jugarle malas pasadas. Le han lavado el cerebro, le han hecho creer que la fantasía es cierta y que lo cierto es fantasía. Háganos caso, capitán Kenneth. Nosotros le hemos salvado arriesgando nuestra vida.

—Sí, sí, gracias. ¿Cuál es su nombre?

—A los patriotas jamás se les pregunta cómo se llaman para darles las gracias —replicó, cínico, el hombre de su derecha. Le tendió la mano para estrechar la suya y deseó—: Suerte.

Si capitán Kenneth se vio en la calle. La lluvia comenzó a caer sobre él. Sin mucha seguridad, se dispuso a cruzar la calzada.

—Maldito estúpido, es capaz de dejarse atropellar ahora —gruñó el hombre delgado, de rostro enigmático.

—No te preocupes, Irving, el polizone le ayudará a cruzar.

En efecto, el policía a caballo protegió el cruce del capitán Kenneth por la Quinta Avenida cuando la luz del semáforo cambió a verde.

A través de los cristales polarizados le vieron acercarse al edificio donde se ubicaba el consulado yugoslavo.

Omalić sacó un pequeño artefacto electrónico de la guantera y lo entregó al hombre fornido que parecía ser el jefe de todos.

—Sólo tiene que girar la manecilla —observó el irlandés.

—Si falla, te cuelgo —replicó con facilidad el hombre fornido. Sin embargo, todos sabían que si llegaba el caso cumpliría su amenaza.

Humberto Queens sostuvo en su mano gruesa y de dedos cortos el pequeño aparato que semejava un transistor.

Pulsó el automático para que el cristal, empapado por la lluvia, no le molestara la visualidad.

—Ahora entra en el consulado... —observó Irving.

—El desgraciado no sabe dónde se mete —gruñó Omalić.

Sin dudarlo un instante, Humberto Queens volteó la manecilla. Inmediatamente, una fortísima explosión hizo temblar hasta el «Mercedes-Benz».

De la gran puerta por la que se había introducido el capitán Kenneth brotó una llamarada y muchos fueron los cristales de ventanas y escaparates que reventaron.

Un coche que se hallaba detenido junto a la acera volcó.

Dennis, ya con el coche en marcha y mientras lo sacaba del aparcamiento, dijo:

—Omalić, parece que te has pasado con el petardo. No van a encontrar ni la suela de los zapatos del capitán.

—Sí que encontrarán restos —observó, seguro, Humberto Queens—. La policía buscará bien y eso es lo que me interesa.

El policía irlandés tuvo dificultades para controlar al, asustado equino ante tan sorprendente como fortísima explosión.

El tráfico se paralizó y el agente lanzó una ojeada suspicaz al «Mercedes».

Humberto Queens sacó de la guantera una pistola con silenciador e hizo cinco disparos sobre la espalda del policía que, espoleando a su montura, se dirigió hacia el lugar del siniestro.

Los disparos no fueron oídos ni vistos por nadie, y la gente debió suponer que el policía, con el caballo asustado y sobre el asfalto mojado, había caído fortuitamente. Mas el agente no volvió a levantarse; su espalda había quedado acribillada.

—Vamos, estúpido —ordenó Queens a su chófer.

Pulsó el botón del cristal y éste se cerró automáticamente, aislándolos del exterior mientras el auto se alejaba de aquel lugar donde la muerte había cobrado su tributo en forma violenta.

La sangre y la lluvia se mezclaron en el asfalto de la Quinta Avenida, verdadero espinazo de Manhattan.

CAPÍTULO II

Los cascos de los caballos lanzados a un galope casi desenfrenado, pero a su vez bien controlados por sus jinetes, arrancaban la tierra mojada de la pista del hipódromo de Aqueduct en Queens.

«Black Pointer» se había destacado en cabeza. Era un caballo azabache de brillante pelaje. La lluvia, fina hasta entonces, arreció, y pese a estar mojadas las medias crines del bello animal, se alzaron empujadas por un viento del Noroeste al cruzar la meta de llegada.

Mel Terry rompió los boletos de las apuestas y los entregó, irónico, a la pelirroja que estaba a su lado bajo la gran tribuna, mientras parte del público chillaba, parte esbozaba una mueca de disgusto y el resto de los asistentes preguntaban:

—¿Quién ha ganado?

—No tires los papeles al suelo. Hay que mantener limpio el hipódromo.

—Mel, ¿te vas ya? Faltan dos carreras.

Mel Terry, alto y delgado, se sentía bien dentro de su gabardina «Safari» última moda, color *beige*. Las chicas Siempre le habían dicho que vestido de uniforme estaría más guapo aún, pero Mel Terry se conformaba con ser un periodista *free-lance*. «Hago reportajes, no tengo más amo que mi conciencia y el dinero, y vendo a quien me da la gana», solía decir.

Se caló el sombrero impermeable sobre su cabello color cobre brillante.

Observó su reloj y una gruesa gota de agua cayó sobre la esfera. Alzó la mirada y miró el techo de la tribuna.

—Hay goteras.

—Mel, te estoy diciendo que todavía faltan carreras.

Pese a la gota de agua sobre su reloj *water-proof*, había visto la exacta colocación de las manecillas.

—Querida, puedes seguir aquí si lo que deseas es que te vea lo más encopetado de Nueva York. Hoy no es mi día de suerte.

—Pero, Mel, puedo ir contigo.

—Toma un taxi, encanto, tengo prisa.

—¿Cuándo te volveré a ver? —insistió la pelirroja, más pegajosa que un papel de caramelo después de haberlo chupado en un día de verano en Los Ángeles.

—*Chao*.

Mel Terry pasó sus chispeantes ojos café por las gradas. Más de una mujer le sonrió. Alguna le saludó, pese a tener el marido al lado.

Mel Terry mostró una amplia sonrisa que mantuvo hasta la salida. De esta forma servía para todas.

En el *parking* del hipódromo le esperaba un «Ferrari» rojo, con sus nada despreciables doce cilindros y 460 CV.

Sólo había pagado la entrada y el primer plazo cuando Ismael Mayer, el hebreo propietario del establecimiento de venta de coches de importación, había tenido una debilidad en su vida que había pagado cara: levantar un naípe en una apuesta rápida y sencilla contra Mel Terry.

Éste se había quedado sin blanca, y pensando que no podría pagar los altos plazos que le había impuesto el judío por la monada del «Ferrari», un «Ferrari» del que, además de la velocidad que desarrollaba, lo que más le gustaba era su ruidoso motor, un ruido que atraía a las mujeres, quienes no se sentían molestas por el aumento excesivo de decibeles.

Mel Terry, en contra de los plazos restantes del coche, se había jugado nada más y nada menos que su apartamento en el Norte residencial de Manhattan.

Mel Terry era jugador por naturaleza. De haber perdido se habría colocado un cigarrillo entre los labios, lo hubiera encendido y marchado más tarde con las manos en los bolsillos de sus pantalones a falta de poder llenarlos con otra cosa.

Mas, el judío Ismael Mayer se dio a todos los diablos, y al día siguiente, cuando Terry pasó a recoger toda la documentación del automóvil, le dio la impresión de que al aguileño Mayer le faltaban algunos pelos en la cabeza y, por supuesto, no se le habían caído por obra y arte de la madre Naturaleza.

Ronroneó el motor del «Ferrari» y dejó atrás el South Ozone Park donde se ubicaba el hipódromo.

Los limpiaparabrisas zumbaron limpiando los cristales, pero la maldita lluvia caía casi fangosa y hubo de enviarle un poco de detergente a través del limpiador automático para aclarar el cristal y poder ver lo que tenía delante, cosa muy interesante cuando se rodaba a más de noventa millas hora.

Se dirigió a Richmond, el más tranquilo de los cinco grandes distritos de Nueva York.

Tenía la dirección que le habían mandado, fija en su mente, y si alguien conocía Nueva York, ese alguien era Mel Terry.

Detuvo el «Ferrari» frente al establecimiento de pompas fúnebres. Observó su fachada a través del cristal de la portezuela.

Pese a lo que estaba destinado el local, no resultaba demasiado siniestro. Lo habían pintado en azul y marrón.

«Funeraria Colleman» podía leerse en el gran letrero. Luego, en letras más pequeñas y en un rótulo perpendicular al estilo chino, podía leerse: «Dios guarde a los muertos. Horno crematorio. Se encargan disecciones. Gran variedad de féretros. Servicios comprendidos. Por favor, entre y pida folletos».

A Mel Terry le hizo gracia aquello de los folletos. No iba a ser él precisamente quien los pidiera. Jamás se había preocupado de la muerte.

«No debo de tener antepasados egipcios», pensó.

Sacó un cigarrillo de la cajetilla. Lo encendió con el mechero del coche y tras llenar sus pulmones con el humo del tabaco, se subió el cuello de la gabardina y salió del auto.

—¿Para qué diablos me habrán citado aquí? —Gruñó, recordando que en la tarjeta que había recibido le proponían un «sabroso negocio» según palabras taxativas.

Mientras no tuviera que comerse un cadáver; porque no comprendía qué cosa sabrosa podía encontrar en un establecimiento de pompas fúnebres.

Entró en el establecimiento, la puerta cedió a su empuje.

Había un pequeño vestíbulo con un mostrador y fotografías anunciando féretros, modelos de automóviles, cementerios y contactos con distintas religiones para encomendar los servicios. Flores secas y un olor extraño que no le gustó.

—Eh, ¿hay alguien ahí?

No obtuvo respuesta. Golpeó el timbre que había en el mostrador como si se tratara de la conserjería de un hotel de cuarta categoría y estuviera buscando una habitación, aunque nada más lejos de su ánimo en aquel lugar.

Al no aparecer nadie, pasó junto al mostrador por una puerta en forma de herradura sobre cuyo dintel había un artístico rótulo en madera que decía: «Dios sea contigo. Faso a la capilla de ceremonias».

Por los orificios de la nariz expulsó el humo que había estado quitando el frío de sus pulmones, aunque allí dentro había una temperatura agradable. Debían de poseer una calefacción excelente.

En la capilla de ceremonias había una doble hilera de bancos y un pequeño pasillo central. En ella cabrían alrededor de ochenta personas.

Sobre la tarima que se hallaba frente a los bancos, a modo de altar, había un catafalco. Luego, una pared de piedras de granito y unas puertas de acero de unos dos metros de altura que debían encerrar algo.

A la derecha colgaban unas cortinas como ocultando otra dependencia, quizá un almacén de féretros, pensó Mel Terry, pero lo que verdaderamente atrajo su mirada fue el ataúd que se hallaba sobre el túmulo, un ataúd sencillo, de color nogal y asas plateadas, seguramente imitación plata.

Tocias aquellas observaciones habían pasado fugaces por su mente, porque de inmediato reparó en que la capilla no estaba vacía.

Había gente, varios hombres, cinco en total, sentados cuatro de ellos en las esquinas del recinto dándole la espalda.

Vestían de oscuro, con el sombrero calado.

Uno de ellos, cuya espalda podía advertirse grande y maciza, se hallaba sentado en primera fila cerca del féretro.

«¿Me habré metido en una encerrona y tendré los servicios gratuitos en Pompas Fúnebres Coleman?», se preguntó.

Con las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina, el pitillo entre los labios y el sombrero impermeable cubriéndole parte de la despejada frente, avanzó por el centro de los bancos.

Aquellos sujetos, quietos como muñecos de cera, no parecían

tener deseos de atacarle.

Ello le tranquilizó. Iba desarmado, no solía usar pistola. Mel Terry no era un detective oficial ni privado, sólo un repórter siempre en busca del «boom», de la noticia que más pudiera cotizarse luego.

Sintiéndose como la Caperucita Roja caminando por el bosque y rodeada de lobos, siguió adelante avanzando hacia el ataúd expuesto, para ver el rostro del hombre que estaba cerca de él y que por la colocación respecto a los demás, debía de ser el jefe de los otros cuatro.

No demostró excesiva curiosidad. Mel Terry no era un novato en las situaciones difíciles o extrañas por fúnebres que fueran, como aquella que estaba viviendo dentro de la capilla de ceremonias con escasa luz y excelente calefacción.

Hasta que no llegó a un paso del ataúd no se volvió y cuando lo hizo fue para clavar su escrutadora mirada en el rostro del hombre que permanecía sentado y en silencio, como si orara mentalmente por algún familiar muerto.

—Bienvenido a Pompas Fúnebres Colleman, Terry.

—¡El Nenas! ¡Humberto Queens *el Nenas*! —exclamó Mey Terry reconociendo de inmediato al reyezuelo del hampa neoyorquina con tentáculos internacionales y sobre el cual, tiempo atrás, había escrito un reportaje que no habría gustado poco ni mucho a aquel personaje alto, macizo, de ojos pequeños, pero ladinos y sonrisa fría, cínica y despiadada.

Señaló con el pulgar por encima de su hombro hacia el ataúd y preguntó sin titubeos:

—¿Lo has reservado para mí?

CAPÍTULO III

El Nenas, es decir, Humberto Queens, nombre por el que apenas se le conocía, era un sujeto bien conocido por Mel Terry.

Se le suponían muchos crímenes, mas no se le había podido enviar a la silla «sicodélica».

Le apodaban el Nenas porque había hecho trabajo de mujeres. Era un proxeneta en gran escala, especializado en chicas menores, lo que le había valido el sobrenombre y el ir dar con sus huesos en Sing-Sing.

El Nenas ignoraba el significado de la palabra «piedad», pero era astuto como un coyote tejano.

Una vez atrapado, había sido enviado al penal, pero sólo por diez años, cuando debieron haberle recluido para siempre. Sin embargo, estaba allí, frente a Terry. Seguro de sí, tranquilo, sonriendo con su frialdad habitual y rodeado de sus pistoleros, expertos y muy bien escogidos.

—No, no es para ti este ataúd. —Hizo una pausa y mientras se levantaba agregó—: Todavía...

Humberto Queens era alto, pero Mel Terry aún lo era más. Había gran contraste entre ambos.

Mel Terry tenía un aspecto en cierto modo elegante, pero deportivo. El Nenas, elegante también, más parecía un presidente o ejecutivo de Banca al que cualquier embajador de país subdesarrollado habría prodigado sonrisas a lo Bob Hope.

—Bien, si esta capilla de ceremonias de una funeraria poco importante no va a ser mi patíbulo, ¿a qué viene esta cita? —preguntó Mel Terry abiertamente.

Pese al calor, quizá por costumbre, quizá por no saber qué hacer con sus manos o por tener alguna pequeña pistola oculta, Queens mantuvo las manos hundidas en los bolsillos mientras caminaba alrededor del ataúd antes de responder.

Se detuvo de espaldas a la puerta de acero que semejaba la de un regio panteón por las incrustaciones de metales distintos que tenía, buscando una imitación de alegorías vegetales.

—Sigues tan tranquilo y seguro de ti como siempre, Terry — observó el Nenas.

—Te creía en

Sing-Sing.

—Sé portarme bien cuando me interesa y no es nada nuevo para nadie que siempre hay funcionarios de prisiones que se venden. Estoy libre. Oficialmente, ya he saldado mi deuda con esta cochina sociedad. Puedo pedirle a un polizonte que me dé lumbre para el cigarro.

—Bien, si has sabido acortar tu condena me parece una tontería que nada más salir empieces de nuevo con tus negocios.

—¿Qué sabes tú de mis negocios? —preguntó, sonriendo con suficiencia.

—Antes te dedicabas a las chicas.

—Ahora no. Ese asunto no me gusta.

—Celebro tu cambio de gusto. Por cierto, ¿leíste mi reportaje sobre ti?

—Sí, y debo reconocer que supiste venderlo bien. Dos canales de televisión, cuatro emisoras de radio y veinte periódicos.

—Sigues bien informado.

—Para lo que me interesa, sí. Cuando terminemos nuestro negocio recuérdame que debo darte una paliza de las que no se olvidan por la publicidad gratis que me hiciste cuando me enviaron a

Sing-Sing.

—¿Un negocio yo contigo? Creo que te has equivocado de hombre —le replicó sin quitarse el cigarrillo de los labios.

Un sexto hombre apareció en la capilla de ceremonias, quedándose junto a la puerta de herradura. Seguramente había estado vigilando en la calle y había cerrado la puerta del establecimiento para que nadie les molestase.

Los otros sujetos seguían quietos como muñecos de cera, sumidos en la penumbra.

Mel Terry pensó que casi ni pestañeaban, pero adivinaba algo en sus manos y supuso que todos tenían la diestra armada con sus

respectivas artillerías, posiblemente dotadas con silenciadores. El Nenas era de los tipos que no dejaban pruebas tras de sí.

—Sí, un sabroso negocio.

—¿Y si no acepto me introduzco en el ataúd? —preguntó, sardónico.

—¿Liquidar al temerario y famoso Mel Terry? No, Terry, no. Estropearle un poco es una cosa, estropearle del todo es otra, claro que si me obligas pondré de luto unos cuantos cóctels del VIP [1] neoyorquino.

Dando la impresión de que la situación no le intimidaba en absoluto, Mel se había movido hacia la derecha apartándose del féretro y acercándose a la cortina.

¿Habría otro *gángster* vigilándole allí, quizá una puerta para escapar en un momento de apuro? Mel Terry quiso averiguar todas sus posibilidades, y con la mayor naturalidad del mundo tiró de la cortina descorriéndola en parte.

—Se levantó el telón —comentó Humberto Queens—, pero la función terminó ya.

Mel Terry no retrocedió. Otro, en su lugar, habría dado un salto hacia atrás. Tiró la colilla de su cigarrillo al suelo, pues no había cerca un lugar adecuado para dejarla y la pisó con la puntera del zapato, apagándola antes de opinar:

—Hay cadáveres que no quedan muy fotogénicos.

De una viga del techo pendía una cuerda, y de ésta, un cadáver ahorcado. En el suelo había una silla caída, y junto a ella, una carta.

—No te recomiendo que toques la carta, Terry. Va dirigida al juez del distrito.

—¿Y van a creer que es un suicidio? —preguntó, sarcástico.

—No les quedará otro remedio. No hay pruebas de lo contrario.

—Pero ha sido un crimen, ¿no? —inquirió con el desinterés de un profesional que juzgaba la noticia de poca calidad.

—Eso es una suposición tuya, Terry —replicó ladino el Nenas—. Tú no has visto más que el cadáver y nada puedes decir en una Corte. Si quieres avisar a la policía es asunto tuyo.

—Un reyezuelo del hampa no se asusta cuando, después de cometido un delito, le dicen que van a avisar a la policía —observó Terry.

—Veo que vas comprendiendo que yo soy un rey.

—He dicho reyezuelo —recalcó—. No debes de hacer mucho caso de los *spots* televisivos. Hay jabones que no lavan bien las orejas.

—Muy sarcástico, Terry, eres un tipo fino. Si quisieras trabajar para mí seguro que te iría mejor que ahora.

—No, gracias. No me gustaría terminar mis días componiendo la gacetilla de un penal con la durísima censura que ello significaría.

El Nenas miró a sus hombres. Todos seguían en sus puestos, nadie se movía, nadie decía nada, pero todos sabían lo que debían hacer. El no tenía una pandilla vulgar, seleccionaba bien a sus hombres.

—No sufras más por ese ahorcado, Terry.

—No, si yo no sufro. La sogá no aprieta mi cuello.

—Es cierto, y por si te interesa, se hacía llamar Colleman.

—Como dicen en Europa, en casa del herrero cuchillo de palo. El propietario de las pompas fúnebres se queda colgado y sin ataúd ¿o acaso le has preparado éste?

—No. Colleman fue un miembro de mi organización antes de que me enviaran a SingSing y mientras yo estaba encerrado pensó que podía robar parte de mi negocio. Liquidó y se instaló aquí con esto de las pompas fúnebres y el nombre ficticio de Colleman. Cuando le tomen las huellas necrodactilares se darán cuenta de que no se llamaba Colleman y de que estaba reclamado en varios estados por diversos delitos. El infeliz pensó que podría disolverse en el anonimato con un negocio burgués, pompas fúnebres.

—Sí, el pobre no tenía mucho sentido del humor —admitió Mel Terry.

—Y no pensó que yo me las arreglaría para salir pronto del «hotel». En fin, olvidémoslo y hablemos de nuestro negocio, Terry.

—Sigo sin pensar que tenemos un negocio en común —observó Mel Terry.

—No te anticipes. Yo siempre consigo lo que me propongo.

—Estás muy seguro de ello.

—Tan seguro como de que me metieron en «chirona» porque a mí me interesaba.

—¿Algún ajuste de cuentas?

—Asuntos ya olvidados, Terry. No voy a proporcionarte datos para que vuelvas a vender un reportaje. Ahora, escúchame, sólo se

trata de que en esas magníficas reuniones donde tienes las puertas abiertas te pongas en contacto con determinadas personas.

—De modo que pretendes que sea tu intermediario.

—Algo así. Tú eres un tipo que sabe el terreno que pisa, como diría un buen *public relations*. A ti te harán caso y al mismo tiempo no despertarás sospechas.

Mel Terry no tenía ningún deseo de actuar como intermediario de aquel enemigo público recién salido del penal, pero se sintió interesado por el nuevo delito que había planeado. Por ello preguntó:

—¿Y a qué personas tendría que hablar?

—Sabía que mi asunto te intrigaría, Terry. Eres un chico listo y sabes lo que te conviene y cien de los grandes no son de despreciar, ¿verdad?

En otras circunstancias hubiera parpadeado al escuchar aquella cantidad, pero viniendo de los labios de el Nenas achicó los ojos para escrutar mejor su rostro, tratando de adivinar lo que ocultaba su pensamiento.

—Entonces, se trata de un golpe grande —objetó.

—Sí, lo bastante para ser el último y definitivo para todos.

—¿Y a quién tendría que ver?

—A hombres influyentes de distintas nacionalidades. A un tipo como tú, que frecuenta sus medios, no le será difícil. —Y el negocio, ¿de qué se trata?

—Haces unas preguntas muy directas —observó Humberto Queens—. Tú solo te dirigirías a ellos haciéndoles unas preguntas. Ellos te responderían sí o no, eso es todo.

—Muy sencillo, pero ¿qué es lo que tendría que preguntar yo?

—Evitando que en aquel momento tu interpelado estuviera comiendo un canapé de caviar persa, dirías: «Subasto carroña para los buitres. ¿Le interesa, señor Fulanito?».

—Es una frase muy expresiva.

—Es fácil, muy fácil para ti.

—¿Y luego?

—Me pondría en contacto contigo nuevamente y te daría órdenes respecto a los que han aceptado participar en la subasta.

—¿De carroña para buitres? —inquirió Terry, mordaz.

—Eso es. Ya ves, es muy sencillo y no entraña ningún peligro.

—Sí, parece muy sencillo, pero para aceptar el trato debo saber de qué tipo es esa carroña que pretendes subastar.

—En este negocio, Terry, olvídate de la profesión de repórter, porque no podrás hacer ninguna pregunta.

—Pues lo siento, en esas condiciones no hago tratos —replicó tajante, mirando hacia la salida y pensando en las posibilidades que tenía de salir vivo de la casa de pompas fúnebres.

—Yo te haré cambiar de opinión, Terry.

—¿Ah, sí, cómo?

—Omalić, Dennis —llamó.

Los dos hombres, que se hallaban en los bancos más adelantados, abandonaron sus puestos sabiendo de antemano lo que debían hacer.

Los músculos de Mel Terry se tensaron. Si ellos llevaban pistolas automáticas, poco les iba a durar. Por ello, aunque tenso, permaneció quieto, aparentemente indiferente.

Omalić y Dennis pasaron por su lado sin tocarlo.

Se acercaron a la doble puerta de acero y la abrieron hacia afuera.

Un par de pies hacia el interior aparecía una pared de ladrillo refractario y, en medio, otra puerta del tamaño de un nicho. Un intenso calor se irradiaba desde aquel lugar.

El irlandés Omalić abrió la puerta del crematorio por donde se introducían los cadáveres y pudieron verse claras y siniestras las voraces y calóricas llamas.

Mel Terry sacó de su bolsillo el paquete de tabaco y llevándose uno a los labios preguntó:

—¿Vais a darme fuego para mi cigarrillo?

CAPÍTULO IV

—He conocido a muchos tipos fanfarrones, Terry, pero ninguno como tú. Eres el sujeto con más temple que haya visto, lástima que al final tenga que darte una paliza en recuerdo de la publicidad gratis —observó el Nenas, que no quitaba las manos de los bolsillos de su abrigo, un abrigo caro, lujoso, a la medida, moda inglesa y comprado en la Quinta Avenida.

—¿Vais a incinerar el cuerpo del delito? —preguntó, señalando al ahorcado Coleman.

—Oh, no, si lo hiciera, la policía rebuscaría. En cambio, si encuentran el horno encendido y el cadáver ahorcado descartarán totalmente la tesis de un crimen. La policía se guía siempre por la lógica.

—Ya, cualquier criminal haría desaparecer el cuerpo del delito.

—Correcto, así no habrá ninguna duda de que es suicidio. Después de todo, a Coleman no le había ido muy bien el negocio. Parece que últimamente los médicos visitan poco a sus pacientes —comentó con sarcasmo—. En la carta se justifica su suicidio. —Entonces, ¿el crematorio...?

—El crematorio es para incinerar este ataúd construido en madera, tela y plástico, totalmente apto para quemar. La técnica ha avanzado mucho. Hasta sus hornillos son de plástico y, por supuesto, las asas también, aunque parezcan metálicas. Está garantizado que no dejan cenizas, claro que junto con el ataúd incineraremos lo que va dentro.

Mel Terry torció el gesto por primera vez.

Miró el ataúd y luego al crematorio, en aquellos momentos al máximo de su potencia. Vio a Omali y a Dennis sonriendo y, por último, clavó sus pupilas en el Nenas.

—¿Qué hay dentro?

—Compruébalo tú mismo.

El *gángster* le tiró una llave que sacó de su bolsillo.

Mel Terry la cazó al vuelo y la retuvo unos segundos en su mano.

Se acercó a la cerradura, maravilla de la técnica plástica, y volteó la llave abriendo los resortes. Permaneció quieto unos instantes, en suspenso.

El Nenas le preguntó:

—¿Adivinando lo vas a encontrar?

Alzó la tapa.

El prodigio de la belleza femenina estaba allí.

Una chica joven, hermosa como una venus, de cabellos lacios y rubios desparramados por el interior del féretro. Por únicas ropas llevaba un *panty bikini* negro y un *brassiere* a juego.

Unos ojos de un azul muy claro le contemplaron con angustia.

La muchacha estaba atada de pies y manos. Una correa sujetaba sus muñecas pasando por detrás de la espalda para que no pudiera alzarlas.

—¿Quién es ella?

El Nenas rió y los demás le corearon esta vez.

—Ni yo mismo lo sé.

—¿Y por qué no grita de pánico pidiendo socorro? —preguntó al comprobar que no llevaba mordaza.

—Es muda —puntualizó el Nenas— y, además, no sabe una jota de nuestro idioma. Mírale las rodillas, muy lindas, pero están temblando pese a que aquí dentro no hace frío, y menos teniendo ese magnífico horno tan cerca. Este local, en verano, debe resultar muy caluroso.

Esta vez, el Nenas había logrado desconcertar a Mel Terry.

Miró a la chica, que no le quitaba los ojos de encima, y vio brotar de ellos dos gruesas lágrimas que resbalaron por el pliegue de los párpados, desapareciendo entre sus cabellos.

—¿Qué es lo que te has propuesto?

—Si no accedes a hacer de intermediario para mí y a seguir mis instrucciones, la chica, con ataúd incluido, se va al crematorio y de ella no quedará ni rastro.

El periodista observó las llamas bien visibles del horno. Luego, pasó su mirada al hombre ahorcado.

Humberto Queens era muy capaz de hacer lo que decía. El era el

artífice de la desgracia de muchas mujeres y la vida del prójimo no le importaba más que la vida de un perro al que matara de una patada.

—Pero ¿por qué eliminar a la chica? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Supongo que nada y como sé que vas a hacerme un montón de preguntas según tu costumbre, te explicaré todo lo que sé acerca de esta preciosidad.

Mel Terry estaba ansioso por saber. No era un sensiblero, pero aquello se pasaba de la raya.

—A la chica me la ha vendido un tipo repugnante que antes de merodear por los muelles de Nueva York como una rata era capitán de mercante, pero le quitaron el título por un asunto feo. El conocía mi reputación y ha creído que después de salir del penal iba a continuar con el mismo negocio de antes. La chica es bonita, salta a la vista, y virgen, me la han vendido con esta condición. El excapitán sabía que por una chica virgen iban a pagarle más que por otra y ha preferido ducharse a tiempo.

—¿Y tú la has comprado como si se tratara de ganado?

—Pensé que podía servirme para algo. La chica ha llegado de polizón ignoro en qué barco. Ha huido de algún país, no me importa cuál y se encuentra en dificultades. De no haberla cogido ese tipo la habrían atrapado los de inmigración. En fin, su futuro no es halagüeño.

—Eres un tipo repugnante —gruñó Mel Terry, furioso.

Ahora sí desenfundaron sus armas los cinco hombres de Humberto Queens.

—Calma, Terry, calma, estás perdiendo tu compostura, tu proverbial fanfarronería. El problema es sencillo. Si tú aceptas mi trabajo, la chica se salva. Si no aceptas, le evitamos un futuro desagradable, porque con tanta belleza y tan desamparada, forzosamente ha de pasarlo mal en una ciudad como la nuestra.

—Yo no admito chantajes —advirtió Mel Terry.

—Está bien, haz lo que quieras y cuando terminemos se lo cuentas a la policía. No van a encontrar nada. La chica no existe, no ha estado nunca en Nueva York. Te van a compadecer y quizá te recomienden a un psiquiatra. En cambio, si eres amable y sensato, sacas a la chica del ataúd y te la llevas con mucha cautela para que

no te la pesquen los muchachos de inmigración. Podría ser que averiguaran de dónde ha escapado y la regresaran a su lugar de origen, que para ella puede ser peor que el mismísimo infierno.

—¿Así de simple?

—Eso es. Si no aceptas, tú serás el responsable de la muerte de esta joven venus. Fíjate qué ojos tan bonitos tiene y qué caderas o qué piernas. Disculpa si no tengo estilo literario, yo no escribo como tú.

—¡Cerdo!

—¿Debo entender que no aceptas el trabajo y esta preciosidad de piel suave y hermoso busto se va a achicharrar?

Mel Terry miró a los sicarios de el Nenas.

Todos estaban armados y le apuntaban con sus pistolas provistas de silenciador. El no podría impedir aquel crimen horrible que el *gángster* llevaría a cabo sin vacilar.

El calor de las llamas del horno le llegaba hasta el rostro y no sabía si lo tenía encendido por el fuego o por la rabia de no poder mandar al infierno a aquel asesino.

—De acuerdo, acepto el trato. Haré de intermediario y me llevo a la chica.

—Te advierto que si aceptas luego no vas a burlarte de mí. Sería una divertida cacería de la gacela. Los muchachos de la inmigración para tratar de devolverla al infierno de donde habrá escapado, y nosotros para sacrificarla en tu honor.

Mel Terry no respondió.

Se apresuró a soltar las correas que sujetaban los pies y manos de la joven, liberándola.

Ella se alzó dentro del ataúd y les observó a todos, desconcertada.

Mel la cogió por los hombros para ayudarla a salir del féretro.

—No tengas miedo, estás a salvo.

La fémina le miró parpadeando.

—Terry, te repito que ella no entiende ni una jota de nuestro idioma.

—Dame su ropa —exigió cortante.

—No tiene ropa, me la han vendido envuelta en una manta. La mercancía ha de estar visible para saber si es buena.

Mel Terry se quitó la gabardina y se apresuró a cubrir a la chica

con ella, sacándola materialmente del ataúd.

La joven rubia parecía carente de fuerzas y se dejó cubrir sin hacer nada por ayudar. Era como si todo el futuro hubiera desaparecido para ella y lo mismo le diera morir que seguir viviendo.

Le cerró la gabardina y le pasó el cinturón, ciñéndole el talle.

—Le cae algo grande, ¿no? —observó, sarcástico, el Nenas.

—¿Los nombres de los tipos que debo invitar a la subasta?

—Ya te los daré por teléfono, no te preocupes. Sé dónde vives y tu número, no tengo prisa. Es un trabajo bien hecho el que quiero realizar esta vez. El último trabajo y luego, a vivir tranquilo.

—Esperaré noticias.

Mel Terry alzó a la joven entre sus brazos, sin que ella opusiera resistencia.

La chica se sabía sin fuerzas para luchar contra nadie. Quizá ya se había cansado de pelear, de llorar y el auxilio no le había llegado por parte alguna.

—Si quieres que te adelante algunos miles para los primeros gastos —dijo Humberto Queens.

—No, por ahora aún puedo pagar mis cuentas.

Se dirigió hacia la salida.

A una indicación del jefe de los *gangsters*, el que debía haber cerrado la puerta de las pompas fúnebres fue a franquearla.

La noche, sin lima y con el cielo descargando lluvia, era negra. Las gotas volvían a ser gruesas.

Introdujo a la chica en el «Ferrari» rojo como una llamarada.

Poco después, el motor ronroneaba con fuerza para alejarse rápidamente mientras el limpiaparabrisas iniciaba su monótono zum-zum.

CAPÍTULO V

Mel Terry penetró en el *drugstore*.

Estaba seguro de hallar en su *shopping Center* nocturno lo que necesitaba. Por ello, se internó sin vacilar en una especie de *boutique* donde se podía comprar cualquier cosa o casi cualquier cosa, aunque no hubiera demasiada abundancia de especialidades sobre Un mismo género.

La dependienta pelirroja, la misma que llevara al hipódromo, salió a su encuentro.

Se le colgó del cuello y le dio un beso torniquete.

Recuperó aire en sus pulmones y luego preguntó:

—¿Puedo hablar?

—Mel, Mel, creí que ya me habías olvidado.

—¿Cómo iba a olvidar a un fuego como tú, encanto? Ya sabes que el rojo es mi color preferido, pero, por favor, ahora tengo problemas.

—¿Problemas, qué clase de problemas? ¿Acaso te han desplumado en las carreras?

—No —denegó algo desesperado, llevándola hacia una butaca que había junto a unos colgadores con ropas y cinturones con abalorios.

—¿En una partida de póquer?

—No, cierra tu preciosa y absorbente boca y escucha.

—Hum —asintió aprobadora, apretando sus labios algo más subidos de color por el reciente beso propinado al hombre.

—Ally, tengo un problema.

—Eso ya me lo has dicho.

—Sí, sí, claro. La verdad es que suelo resolver mejor otra clase de problemas. Mira —se sacó del bolsillo una tira de papel recortada de un periódico—, ¿ves esto?

—Sí, una tira de papel. ¿Hay algo extraordinario en él?

—Es una medida.

—¿Una medida? No será de... —Se echó a reír.

—No pienses mal, es la medida de un pie.

La pelirroja tomó el pedazo de papel observándolo perpleja.

—Es un pie bastante pequeño. ¿Qué, te han puesto la bota malaya?

—No, es el pie de una chica.

—Con que quieres regalarle a otra un par de zapatos, ¿eh?

—Es que la otra, como tú dices, se encuentra en apuros. Está en mi coche sin salir, descalza. Tú entiendes, ¿verdad?

—¿En qué maldito parque le has hecho perder los zapatos, sátiro irremediable?

—Vamos, vamos, cálmate y no rompas el papelito, no tengo otro. La chica está en apuros y quiero los zapatos para que pueda venir hasta aquí y la vistas por completo.

Ally agrandó sus ojos, espantada.

—Mel, no me la habrás traído desnuda, ¿verdad?

Mel Terry tragó saliva.

—No, desnuda no. Lleva mi gabardina.

—¿Tu gabardina? —insistió con estupor.

—También lleva algo más debajo, bueno, de eso tú entiendes más que yo. Ya lo verás. Dame los zapatos y te la traigo, necesito que me hagas este favor.

—Está bien. —Buscó entre unas cajas y sacó una de ellas, tirándosela a Mel Terry—. Toma, las víctimas de la lujuria debemos hacer frente común.

—Hasta ahora, enseguida vuelvo. Es un problema, ya te lo he dicho.

Mel Terry se alejó dejando a Ally en el bazar, malhumorada, pero curiosa, observando a través de los cristales.

Regresó junto a su «Ferrari».

La chica seguía dentro del coche, caldeado por la calefacción.

—Vamos, cázate los zapatos y podrás salir.

Le puso la caja sobre el regazo y ella le miró desconcertada. Mel, recordando dentro de la embarazosa situación, exclamó:

—Ah, ya, tú no entiendes ni jota como dice el Nenas.

Abrió la caja y de su interior sacó los zapatos que acercó a los pies femeninos. Ella sonrió por vez primera y se los calzó.

—Magnífico. Ahora que ya puedes caminar sin peligro, vente conmigo. Una amiga nos espera.

Le hablaba aunque no se supiera comprendido, porque le parecía que de aquella forma iba ganando la confianza de la chica.

Ya dentro de la *boutique* del *drugstore*, la pelirroja.

Ally se la quedó mirando algo belicosa y con los brazos cruzados.

—Ally, vístela a mi cargo, claro.

—Eres muy generoso, Mel —observó cáustica.

—Mira, Ally, la chica no tiene opinión, de modo que la vistes a tu gusto, que es acertado, y asunto resuelto.

—Es muy bonita —observó la pelirroja.

—Sí, he de admitirlo, pero tiene problemas.

—Ya lo imagino, el haberse topado contigo. ¿Acaso se ha escapado de un pensionado de chicas de la alta sociedad?

—Vamos, Ally, no te pongas pesada.

—Está bien, pasa —ordenó a la rubia, mas ésta no se movió.

Mel la empujó suavemente indicándole con el dedo que siguiera a Ally.

La rubia, de rostro dulce, pero todavía angustiado, miró a Mel Terry, tratando de leer en sus ojos los pensamientos que pasaban por su mente. Terminó acariciándole con una mirada cálida y agradecida.

Terry carraspeó. Estaba acostumbrado a otra clase de chicas, chicas absorbentes, chicas que le arañaran celosas, chicas falsamente pudorosas y una gama variopinta de especímenes femeninos, pero no había conocido a ninguna como aquella rubita de la que todavía ignoraba el nombre y por la que iba a meterse en el lío más peligroso de su vida.

Al fin, Ally regresó.

—¿Ya está? —preguntó Mel, apremiante.

—Diablos, Mel, pareces un padre primerizo en una clínica de maternidad. —Déjate de chistes, Ally. Esa chica tiene problemas y yo deseo ayudarla—. Sí, ya me imagino. Es tanto o más bonita por dentro que por fuera y si le has prestado tu gabardina es de suponer que no ignoras su belleza. Por cierto, no ha abierto la boca ni para estornudar y eso que ahora, con los casi cero grados Celsius que tenemos en Nueva York, todo el mundo anda con catarro.

—Sí, es muy calladita.

—Lo que tú siempre has buscado, alguien que no se atreva a decirte lo que mereces, pero ¿sabes una cosa? Yo sí puedo decírtelo y por los dos.

—Sí, ya sé que tienes lengua viperina, encanto.

—¿Cómo?

—Mira, ahí viene.

La rubia salía del probador vestida con pantalones y casaca de piel cérvida modelo indio. Para abrigarse, debajo de la casaca se había colocado un grueso jersey de lana que conjugaba con el oro de sus cabellos.

Sobre su pecho, deslizándose entre los jóvenes y turgentes senos, un medallón pendía de una cadena rústica.

—Tiene gustos algo *hippies*. ¿Tu última conquista? Yo le he aconsejado algo más lujoso y caro para que te arruinara, es lo menos que podía hacer por ti después del chasco que me has dado.

—Está muy hermosa —observó Mel Terry. Mirando a Ally pidió —: Ponle ahora una gabardina *maxi*; llueve.

Entre sarcástica y burlona, Ally preguntó:

—¿De qué color, milord, blanca, negra o marrón avellana?

Iba a responder que blanca, pero pensó que si la chica se veía en complicaciones, el blanco sería el color que más la delataría. Se apresuró a pedir:

—Negra y con capucha, aunque es una lástima tener que ocultar tan bonitos cabellos.

—De acuerdo, milord, y ella sin abrir la boca para decir «es mía».

Cuando se hubo puesto ya la gabardina, Mel Terry aprobó:

—Magnífico.

Ally tiró la gabardina que había prestado a la rubia a la cara del hombre.

—No vayas a olvidarte esto. En Nueva York llueve, y por lo visto, la lluvia, aunque fría, no hiela tu sangre.

—Gracias, Ally. Mañana me pasas la factura. Ah, como ya sabes las medidas de, bueno...

—Sí, hombre, sí, del *panty* y los *brassières*.

—Eso es. Envía a mi apartamento un juego de cada cosa.

—No te preocupes, y de colores variados, para que no te

aburras.

Ally les vio salir de la *boutique* alejándose hacia el *parking* del *drugstore*. Se acodó en el mostrador enfurruñada.

—¡Maldita sea mi suerte!

El *free-lance* del periodismo llevó a la rubia, ya vestida, a su apartamento de la zona residencial de Manhattan.

Era un edificio bastante nuevo, y aunque los apartamentos no eran demasiado grandes, sí resultaban confortables, siendo envidiados por mucha gente.

Sólo por el lugar donde se ubicaban, cada ladrillo de los mismos valía su peso en oro.

Colocado tras la joven, dio una sonora palmada. La rubia, asustada, volvió la cabeza rápidamente.

—Por lo menos, no tienes las orejitas cerradas, ya es algo positivo. ¿Te gusta mi apartamento?

Ella le observó inquisitiva.

Mel Terry cerró la puerta y señalándose a sí mismo silabeó:

—Mel Terry...

Tras pensar unos instantes y observar sus cabellos, buscando llamarla de alguna forma, la señaló con su índice y dijo:

—Goldy... Yo Mel Terry, tú Goldy, Goldy...

La chica asintió levemente con la cabeza.

Mel Terry se quitó la gabardina y el sombrero, arrojándolos sobre el sofá de la amplia sala de estar.

El apartamento era cómodo, pero estaba algo desordenado, resultaba obvio que en él vivía un soltero.

Pasó al cuarto de aseo y sacó del botiquín un tubo de pastillas para dormir. Puso una dentro de un vaso, lo pensó mejor y añadió dos más.

Miró el vaso de agua y removió con una cucharilla. Mientras las tabletas se disolvían, regresó a la sala.

—Goldy.

La chica se volvió, y él aceptó:

—Por lo menos, ya nos entendemos algo. Veo que te gusta mi apartamento. Supongo que lo encontrarás más confortable que aquel establecimiento de pompas fúnebres. Anda, tómate esto. Es mejor que duermas esta noche, mañana ya tendremos tiempo de hablar y discutir lo que hay que hacer contigo. Bueno, eso de hablar

y discutir, veremos cómo nos las arreglamos.

Le puso el vaso en la mano y se lo acercó a la boca.

Colocó sus manos juntas sobre su propia mejilla para indicar «dormir».

Goldy sonrió y se bebió el contenido del vaso hasta el fondo.

Terry exclamó:

—A eso le llamo yo confiar en el mismísimo diablo.

La tomó del brazo y la condujo hasta la alcoba donde había una amplia cama. Se la señaló y la joven le miró asustada.

—No temas. Tú en la cama —señaló el lecho—. Yo en el sofá —señaló hacia el *living*.

Goldy sonrió de nuevo. Cogió el rostro del hombre y le besó en la frente.

—Hum, un beso muy paternal, algo es algo —aceptó resignado cuando sonaba el timbre del teléfono.

Se acercó al aparato que había en la mesita de noche y descolgó el auricular.

—¿Quién llama?

—Buenas noches, Terry. Si me reconoces no es preciso que pronuncies mi nombre ni mi apodo.

—Al diablo —replicó Mel al identificar la voz de el Nenas.

—Bien, tu humor está de perlas, Terry. ¿Tienes lápiz y papel?

—¿Qué hay que anotar? Te advierto que no tomo clase de taquigrafía por la noche.

—Sí, ya imagino que estarás muy ocupado con...

—Enjuágate la boca con agua fuerte antes de hablar. Ahora, suelta los nombres. —Sí, eso voy a hacer y no temas por la chica. No le haremos nada aunque sepamos dónde se encuentra, incluso la protegeremos mientras a ti no se te ocurra cometer una estupidez.

—Vamos, suelta los nombres y veré qué clase de tipos son los que debo abordar.

El Nenas dictó claramente cinco nombres que dejaron perplejo y desconcertado a Mel Terry.

—¿Estás seguro de que esos magnates quieren comprar carroña para buitres?

—Tú pregúntaselo. Si te responden que no...

—Ya, los envío a peinar pingüinos a Groenlandia y si me dicen que sí, que me den el número de teléfono privado como si fuera una

furcia finolis.

—No pareces de muy buen humor —observó el *gángster* al otro lado del hilo— y de veras lo lamento, porque esta misma noche debes establecer el primer contacto.

—¿Esta noche?

—Sí, dan *Otelo* en el Metropolitan Opera-House. Jeremías Hanker asiste a esa representación, imagino que en un descanso podrás abordarlo.

—¿En el Metropolitan y esta noche? ¿Estás loco? Tienen todas las entradas vendidas con seis meses de antelación, y eso, siendo optimista.

—Tú eres un chico listo, Terry. Los de la Prensa sabéis meteros donde os interesa, no es preciso que te dé lecciones, pero esta noche, en el momento propicio, darás el encargo para Jeremías Hanker. No olvides que debes pasar desapercibido para la demás gente. La labor de intermediario es arriesgada a veces.

—De acuerdo, veré *Otelo*. Mientras no sea yo el estrangulado en vez de la Desdémona de turno. ¿Y qué es lo que tiene que ver Jeremías Hanker contigo?

No hubo respuesta. Al otro lado del teléfono colgaron.

—Por todos los diablos. Tendré que empezar a consultar con mi abogado cuántos años van a caerme en Sing-Sing.

Volvió su rostro y descubrió a Goldy en la cama.

Se había tendido en ella y por efecto de la triple dosis de barbitúricos que le había dado para que descansara, la chica se había dormido con rapidez. Respiraba profundamente con la cabeza reclinada sobre la almohada.

La descalzó, y tomando una manta del armario la cubrió sin tocarle la gabardina *maxi* que le había comprado. Después, gruñó malhumorado:

—Ahora, a vestirse de *smoking*... Sólo me faltaba eso, espero que me sirva también para las grandes solemnidades que celebren en el penal. Quién sabe, a lo mejor le caigo simpático al alcaide.

CAPÍTULO VI

Mel Terry tuvo que darse prisa en comprar un ejemplar del *The New Yorker*.

Por su guía de espectáculos averiguó que Desdémona era Erika Waidhofen y desde una cabina telefónica se apresuró a llamar al Metropolitan Opera-House, concertando una breve entrevista con la cantante en uno de los entreactos.

Se presentó con su *smoking* en la salida de artistas.

El portero, junto al cual había un policía, le dio el alto.

—No se puede pasar.

—Vamos, Charly, ¿es que no te acuerdas del gran Terry?

—Ah, hola, señor Terry. ¿Algún reportaje sobre la ópera?

—Ando buscando un fantasma. Hoy día, a la gente sólo le interesa el morbo y el erotismo.

—Pues el teatro está completamente lleno —observó el policía.

—Es que canta Erika Waidhofen, una austríaca sensacional —objetó el portero.

Señalando el magnetófono a *cassette* que colgaba de su mano, Terry dijo:

—Vengo a hacer un reportaje.

—Lo siento, señor Terry, pero tengo órdenes muy estrictas y...

En presencia del policía, Mel Terry sacó unos billetes que entregó al portero. Éste observó, preocupado, al agente, y Terry se apresuró a objetar:

—No te estoy sobornando. Precisamente vengo a entrevistar a Erika Waidhofen. Ponte en contacto con su camerino y verás que estoy citado.

—Oh, sí, claro, enseguida, señor Terry.

A través del teléfono interior, Charly comprobó sus palabras y el periodista fue conducido hasta el camerino de la cantante.

—Por un instante me ha puesto en un compromiso, señor Terry.

Me juego el puesto, ¿sabe?

—No temas, Charly, por mí no lo perderás nunca.

Entró en el camerino.

Una doncella negra, algo delgada y de facciones angulosas, estaba componiendo ropa.

—¿Es usted el señor Terry, el periodista?

—Sí.

—La señorita Erika ha pedido que la espere, que en cuanto tenga un momento vendrá para que le haga la entrevista.

Erika se presentó en un lapsus en que ella desaparecía de escena dejando solo al muy preocupado Otelo.

—Señorita Erika, éste es el periodista señor Terry —presentó la doncella.

Mel Terry comprendió las ganas de estrangularla que tenía Otelo.

Aparte de su voz, la cantante debía de rondar la cuarentena, cuando él imaginaba a una Desdémona más bien parecida a su Goldy.

Además, la pobre Erika resultaba bastante baja, pese a llevar unos tacones altísimos que en vano trataban de elevarla y estilizarla.

Su peso rondaría los ochenta kilos contra los cincuenta de Goldy, y su rostro, vista de cerca, hubiera hecho temblar al mismísimo fantasma de la ópera, claro que las luces y la cosmética obraban el milagro.

Sin embargo, Mel Terry hubiera recomendado a la austríaca que cuando cantara su aria mirara a las cortinas y no al público.

—Señorita Waidhofen, es usted magnífica, superior. Estoy haciendo el mejor de mis reportajes sobre las *primas donnas* más encumbradas que han pisado las tablas de este coliseo.

—Muchas gracias —dijo, arrastrando las erres como buena austríaca—. Es usted muy guapo.

—Es un halago que no merezco.

—En confianza, puede llamarme Erika —autorizó tendiéndole su mano para que la besara.

Mel Terry carraspeó e inclinó la cabeza de forma más o menos parecida al rey Charles I de Inglaterra cuando el verdugo le seccionó la cabeza de un solo tajo.

—Lié haré algunas preguntas.

—Brevísimo, brevísimo —dijo, italianizando sus palabras—. Al final de la representación podemos encontrarnos, caro amigo. Es una lata. —¿El qué es una lata, Erika?

—Los periodistas que siempre me rodean. Pueden ser muy entendidos en ópera, pero son calvos, rechonchos y viejos.

Mel Terry se sintió apesadumado por una muñeca.

Se libró como pudo de la mano de la saludable Desdémona y conectó el magnetófono haciendo algunas preguntas de rigor. Ella respondió haciendo una mezcla de idiomas.

—Señorita Waidhofen, señorita Waidhofen —avisó un traspunte—. Le toca salir a escena.

—Luego vuelvo —musitó, torciéndose como una Pavlova desheredada de todas las gracias.

—Aguarde, Erika. Para hacer mi reportaje necesito grabar uno de sus armoniosos trinos, y para que sea lo más real e impresionante posible debo estar en la sala. Lo comprende, ¿verdad?

—Oh, sí, claro, claro. Venga conmigo.

Cogido de la mano, le llevó hacia la puerta que comunicaba el proscenio con el corredor de palcos.

Un empleado vigilaba aquella entrada.

—Pase —ordenó más que pidió.

El empleado protestó con suavidad:

—No está permitido pasar, señorita Waidhofen. Todo el teatro está lleno.

—Si este caballero no puede grabar mi voz desde la sala o desde donde a él le parezca mejor, yo no canto, se quedan sin Desdémona.

Mel Terry pensó en la suerte que estaba a punto de tener Otelo, pero prefirió no expresar en voz alta su opinión.

Ante aquel ultimátum, pues conocía bien a las *primas donnas*, el empleado se apresuró a abrir la puerta y Mel Terry desapareció por ella.

Escuchó sin verlo al traidor Yago gorgoriteando su papel. Luego, a la austríaca, que en aquel momento debía estar dando su pecho como jamás lo hiciera, seguramente para impresionar al, según ella, guapo y joven periodista.

No tardó en finalizar el segundo acto y se encendieron las luces.

Se había iniciado el descanso.

Mel Terry procuró estar lo más lejos posible de la puerta por la que había pasado al corredor de palcos. Si la *prima donna* le agarraba, estaba listo.

El amplio y selecto vestíbulo se llenó de *smokings* y elegantes mujeres que vestían de oscuro cortos trajes de noche. Descubrió a una que lucía un traje claro y supuso que sería californiana. Las neoyorquinas gustaban de los colores oscuros y posiblemente la californiana sería tildada de provinciana.

Conocía a mucha gente y tuvo que saludar a diversas personas. Al fin, descubrió a Jeremías Hanker.

Hanker era un hombre no muy alto, de cabello corto y cano, enjuto, con mirada de águila. También tenía algo de águila su nariz ganchuda.

Hanker era un magnate industrial israelita. Nacionalizado norteamericano, era, no obstante, una de las ubres más importantes a las que se agarraban los de la Embajada israelita en Estados Unidos.

Hanker tenía sus industrias en la Unión, pero era tenido por un sionista nato, casi fanático.

Era difícil que Jeremías Hanker estuviera solo. Se le acercó arrancándolo de un grupo casi a la fuerza, más inmediatamente dos de sus guardaespaldas, que le acompañaban hasta para dormir, se acercaron a Mel Terry. Sus miradas eran amenazadoras.

—No tema, señor Hanker, no es un atentado, sólo quiero hacerle una pregunta.

—¿Y qué ocurrirá si no deseo responderle?

—Nada, pero déjeme hacerle la pregunta. Estoy seguro de que le interesará, aunque sólo debe oírla usted.

Después de calibrar a Mel Terry, Hanker hizo una seña para que sus guardaespaldas, vestidos correctamente de *smoking* y con aire de haber salido de la Universidad de Harvard, se apartaran.

—Le escucho. Ha dicho una sola pregunta y no le he prometido respuesta.

Mel pensó en el «soplamos» que iban a soltarle en cuanto terminara su grosera pregunta, pero la vida de Goldy corría peligro y estaba decidido a ayudarla.

—¿Quiere participar en una subasta de carroña para buitres?

Jeremías Hanker se le quedó mirando fijamente. Su rostro no expresaba nada, pero su mirada se hizo más inquisitiva que nunca.

Mel pensó que, vestido de *smoking*, no iba a quedar muy bien peleándose con los dos guardaespaldas del judío.

—Sí —asintió Jeremías Hanker sorprendentemente.

—Dígame su número de teléfono privado. Le avisaré cuando deba realizarse.

—Yu

4-5484.

Espero noticias tuyas.

Mel había grabado en el magnetófono el número telefónico. El magnate le dio la espalda alejándose entre la elegante concurrencia que abarrotaba el vestíbulo del Metropolitan Opera-House. Los guardaespaldas fueron tras él.

—Bien, parece que el Nenas tiene un negocio bien montado, pero ¿qué diablos estará planeando?

Abandonó el teatro.

No tenía deseos de volver a toparse con la Desdémona austríaca.

Fue en busca de su «Ferrari» alzándose el cuello del *smoking*. No llevaba abrigo y aunque no llovía, el frío se hacía sentir con dureza en la madrugada neoyorquina.

Había algo de niebla y el tanto por ciento de humedad era elevadísimo. Cada bocanada de aire que expulsaba le hacía parecerse a una prehistórica locomotora de las que colonizaran al entrañable

Far-West.

Rodó por las calles de la ciudad, bastante vacías de vehículos y tuvo la impresión de que era seguido por otro automóvil.

Para comprobarlo, pisó el acelerador a fondo. Tras doblar por la calle 79, a través del retrovisor observó que el coche continuaba siguiéndole.

Sólo podía ver un par de faros que no se le despegaban. Ignoraba la marca del automóvil y lo que daría de sí en cuanto a velocidad, pero en Manhattan no podía sacar el máximo rendimiento a su «Ferrari».

Por ello, decidió tomar la carretera de Chicago, dejando atrás Nueva York. Así comprobaría si sus perseguidores iban provistos de un buen coche.

El auto no se le despegaba y llegó el momento de pisar el acelerador.

Mel Terry era consciente de que se la estaba jugando. Sacarle aquella endiablada velocidad al «Ferrari», en una carretera mojada y de noche, era tener deseos de hacerle un reportaje a Satanás, máxime pensando que habría tramos donde la lluvia estaría helada, formando una película fina y mortal.

Sus perseguidores se fueron rezagando, pero continuaban tras él mientras Mel Terry rebasaba a los automóviles que le precedían y que seguramente le lanzarían cordiales maldiciones.

Cuando ya creía haberse desembarazado de sus perseguidores, ocurrió lo esperado y temido a la vez.

El «Ferrari» patinó sobre un tramo helado de la carretera, encarada al Norte.

En una danza dantesca, el auto rojo patinó de un lado a otro de la brillante cinta de asfalto.

Los claxons de los vehículos que venían en dirección contraria, más que tocar, aullaron diabólicamente. Los chirridos de los frenazos fueron impresionantes.

Mel Terry trataba de controlar su coche que, ya con las ruedas frenadas, seguía patinando entre los autos que rodaban en dirección contraria, empujado por la brutal aceleración que llevaba.

En varias ocasiones le pareció que la plancha del «Ferrari» rozaba las carrocerías de otros automóviles.

En aquel momento, una sorprendente imagen acudió a su mente mientras iba agarrotado al volante: era el rostro de la bella y muda Goldy.

El «Ferrari» doce cilindros, a punto de volcar, salió de la carretera por un camino vecinal de tierra. Allí quedó frenado, unas veinte yardas más lejos del asfalto.

Los claxons, asustados e irritados, seguían sonando a lo lejos. Mel esperó que nadie hubiera chocado y respiró hondo por haber escapado a la muerte cuando los faros de un automóvil se introdujeron por el camino.

Quiso poner el motor en marcha para huir, pero delante tenía un árbol con el que no había chocado por puro milagro y ya no podía retroceder, pues sus perseguidores habían taponado la salida.

Cuatro individuos armados saltaron del coche, un «Ford»

Mustang.

Rodearon el «Ferrari» y abrieron sus portezuelas, mostrándole los cañones de las pistolas.

—Muy amables, pero no me apetece salir, hace frío.

—Vamos, afuera —ordenó uno de los individuos que vestían de *smoking*.

Terry supuso que había estado en la ópera y los otros tres le habrían aguardado fuera.

—Como quieran.

Salió del «Ferrari» dejando las llaves puestas. Quizá le quedara alguna oportunidad de escapar y no era el momento idóneo para tantear buscando el agujero de la cerradura del contacto.

—Te vas a venir en nuestro auto; es más amplio.

—No sé por qué tantas molestias, tengo coche propio —comentó irónico.

—Tienes que explicar algunas cosas. Si eres buen chico y hablas pronto, te ahorrarás muchos disgustos —le dijo el sujeto del *smoking*.

Se aproximaban ya al «Ford» Mustang cuando otro coche entró en el camino vecinal, enfocándole con sus faros.

Los perseguidores de Terry, para disimular, guardaron sus armas.

De pronto, el automóvil recién llegado comenzó a vomitar fuego de metralleta por sus ventanillas.

Mel Terry se arrojó al suelo en plancha, pensando que valía más pasar frío que quedar asado.

Los del tercer automóvil no debían de estar en período de economías, pues no cesaron de vomitar plomo. Mel Terry quedó aplastado contra el suelo con la esperanza de que le dieran por muerto.

El tercer automóvil giró bruscamente para regresar a la carretera, y sus ruedas pasaron a escasas pulgadas de la cabeza del periodista, que lo estaba maldiciendo y maldiciéndose a sí mismo por carecer de un grueso clavo de punta aguda con el que pincharle los neumáticos.

Antes de que desapareciera en la carretera general, vio que el coche que tanto plomo había vomitado era un «Mercedes-Benz» modelo Embajador. Se puso en pie.

Observó que los cuatro tipos que le habían capturado estaban muertos y no con menos de cinco balazos cada uno.

Pensó que era demasiado milagro que a él no le hubiera tocado ninguna bala, ni siquiera las ruedas del «Mercedes» le hubieran rozado, cuando habían pasado por encima de uno de los cadáveres, importándoles muy poco el remate. Regresó a su «Ferrari».

Se acomodó ante el volante y puso el motor en marcha seguidamente.

Hizo maniobra en primera para salir del encajonamiento en que se hallaba, sorteó los cadáveres y regresó a la carretera gruñendo para sí:

—Por lo visto, terminar en
Sing-Sing
será una auténtica ganga para mí.

CAPÍTULO VII

Bostezó. Se desperezó y comprobó que había dormido en el amplio y cómodo sofá, cubierto con una manta.

La chaqueta de su *smoking* estaba colgada en el respaldo de una silla y reinaba una agradable penumbra en la sala de estar. La persiana graduable, junto con la cortina, tamizaba la luz diurna.

No le costó mucho recordar la agitada noche anterior.

Abandonó el sofá con cuidado y se dirigió al cuarto de baño para lavarse la cara, en especial los ojos y despegar sus párpados.

Un par de endebles y vacilantes cuerdecitas cruzaban el cuarto de aseo desde el espejo hasta unos colgadores clavados en la pared.

Colgando de dichos cordeles, prendas propiamente femeninas se estaban secando.

Sonrió, se lavó la cara y salió del baño.

Atravesando la sala, se dirigió a la cocina de la que salía un apetitoso olor que olfateó con fruición.

—Buenos días, Goldy.

La joven rubia estaba allí, pasando unos huevos fritos con jamón de la sartén a un plato.

—Sencillos y sabrosos, pero en su punto —observó Mel.

Pinchó con sus dedos un pedazo de jamón y se lo comió sin contemplaciones.

—Lo siento, pero tengo hambre. ¿Cómo has pasado la noche, Goldy?

La chica se alzó de puntillas y le besó en los labios.

—Esta forma de dar las gracias me gusta más que la de anoche. Supongo que me he merecido el beso por buen chico.

Goldy preparó la pequeña mesa y Mel Terry desayunó a gusto.

—Hacía tiempo que no me sabían tan bien tres huevos fritos con jamón y veo que a ti tampoco te falta el apetito.

Ella le observaba sin comprender.

Mel Terry se secó los labios con la servilleta. Puso leche en el vaso de la chica y él se bebió un trago de «*bourbon*».

—Vente conmigo, Goldy. Hay algo que tenemos que hacer.

Cogida de la mano, se la llevó a la sala de estar frente a la estantería repleta de libros.

—Ahora averiguaremos de dónde procedes. ¿Cuál será tu idioma? Eres una chica fina, sólo hay que ver tus manos. Debes de tener cultura, de eso no cabe duda alguna. Tengo que saber de dónde vienes para poderme entender en tu lengua. No soy un experto en hablar con las manos y ademanes, si oyes y yo te hablo, podrás entenderme. Bueno, no me mires de esa forma, ya sé que no entiendes ni jota de lo que te cuento.

Tomó el atlas y lo abrió por el mapa mundi, extendiendo las hojas que habían dobladas para que el mapa fuera el doble de lo que ocupaban dos páginas normales.

—Aquí tengo el mundo entero en mis manos. La Tierra es muy grande, pero un simple papel basta para reflejarla. Goldy...

La joven le miró fijamente y Mel Terry puso su índice sobre el mapa correspondiente a Estados Unidos.

—Yo, Norteamérica. Tú, ¿dónde, Goldy?

Ella no expresó nada. El hombre insistió:

—Yo, aquí, Norteamérica. Tú, Goldy, ¿dónde?

Acentuó mucho la pregunta, pues el tono de la interrogación, aún cambiando la palabra, podía servir para varios idiomas.

Esta vez, Goldy sí expresó algo. Negó con la cabeza vivamente.

—¿Es que no quieres decirme de dónde vienes?

Mel Terry le cogió una mano y puso el dedo femenino en el mapa.

—¿Dónde, dónde, dónde?

Goldy giró la cabeza en dirección opuesta, negándose abiertamente a colaborar.

—No temas, yo no soy del FBI, no te haré volver a tu lugar de procedencia. Por todos los diablos, ¿cómo te haría comprender eso, cómo demostrarte que soy tu amigo? Mel Terry le volvió la cabeza y le besó en los labios en un desesperado intento de hacerle entender que la quería bien.

Goldy le rodeó el cuello con sus brazos y puso un ochenta por ciento en la caricia. Se inclinó hacia atrás en el sofá y el hombre se

vio rodeando la hermosa anatomía femenina sin habérselo propuesto.

El timbre del teléfono sonó de súbito, estridente.

El aparato se hallaba cerca, sobre la mesita de centro. Mel Terry alargó su mano para cogerlo y Goldy apartó la mesita, demostrando que no deseaba que el teléfono les interrumpiera.

Con un largo suspiro, Mel consiguió apartarse de Goldy, que le miraba como debería hacerlo una hermosa sirena enamorada, hablando muy expresivamente con sus ojos.

—¿Quién diablos llama a estas horas de la mañana?

—Son las once, Terry, las once. No es muy temprano.

—Oye, Nenas, ya me está cargando este asunto. Anoche por poco me convierten en chatarra con un alto tanto por ciento de plomo recuperable para la industria del ramo.

—Muy ocurrente.

—No me asusta morir, pero me reventaría que en mi epitafio pusiera: «Aquí yace un imbécil». —Hizo una breve pausa y sin dejar intervenir al *gángster*, agregó—: Supongo que fuiste tú el que hizo llover plomo en cantidad suficiente como para hacer una nueva guerra en Indochina.

—Tenía que protegerte. Esos cuatro tipos que te secuestraron no albergaban buenas intenciones —se rió levemente Humberto Queens, al otro lado del hilo telefónico.

—Supongo que Jeremías Hanker está ansioso por saber algo más del asunto antes de que llegue el día de la subasta de carroña para los buitres.

—Has dado en la diana, Terry. ¿Cómo sigue la chica?

—Bien. Tiene mejor color que ayer noche.

—Es muy linda. Creo que no te costará gran esfuerzo subirle el color a las mejillas.

—Supongo que no has llamado para hacerte el ocurrente.

—No, claro. Debes de ponerte un buen traje mañanero. Toma la gabardina, no llueve, pero puede llover más tarde y dirígete al hipódromo.

—Gracias por el parte meteorológico, Nenas, pero ¿qué es lo que debo hacer en el hipódromo? Hoy está cerrado.

—Te equivocas, está abierto, claro que sólo para un grupo selecto.

—Sabes que suelo dedicar mis reportajes a la Prensa amarilla, aunque he de reconocer que la Prensa deportiva también se cotiza bien y sirve para periodistas novatos que no exponen su físico.

—Con tu carnet de Prensa te será fácil entrar en el hipódromo. No hay apuestas, pero sí un destacado personaje llamado Muley Alad Mohamed.

—¿El sirio que tiene la presunción de poseer la caballeriza árabe más cara y selecta de toda África?

—Exactamente. Muley Alad Mohamed quiere dar una exhibición muy colorista de sus caballos. Es un hombre muy rico, por eso ha podido costear la renta del hipódromo para él sólo esta mañana y ha preparado un *lunch*. Te lo digo por si deseas saciar tu estómago con típica comida siria. Ha invitado a una serie de personajes importantes en el mundo, algunos que residen en Estados Unidos y otros que están de paso, como, por ejemplo, Onanotte.

—¿El congoleño millonario, exportador de selectas maderas africanas?

—Sí. También estará Akent el Abadelin.

—Ése es un egipcio que se hizo muy rico con el petróleo libio. Ahora le han cortado las alas, pero está muy mimado por los gobernantes egipcios.

—El mismo. Ya te darás cuenta de que esta vez el trabajo será más simple. Podrás abordar a tres millonarios en una sola escapada.

—Un trabajo de perfecta coordinación. ¿Y el quinto hombre?

—Al chino Chang Wan Tai, habilísimo exportador del comercio de Taiwan, podrás encontrarlo por la tarde en una exposición canina que se celebrará en el Central Park.

—Cinco tipos muy selectos, Nenas, cinco grandes coyotes mimados por los gobiernos de sus respectivos países, ya que ofrecen para ellos una especie de mecenazgo militar. Los cinco pagan altos impuestos si se les deja tranquilos exprimir a sus compatriotas. Cinco grandes coyotes de otras tantas naciones poco potentes, pero algo belicosas. Aunque Formosa no lo sea, está muy resentida por su expulsión de la ONU. ¿Qué es lo que piensas subastarles, Nenas?

El *gángster* colgó el auricular; ya había dado sus instrucciones.

Goldy le tomó de la mano cuando él ahorquilló el teléfono y tiró de ella.

—No, pequeña, ahora tengo prisa. Creo que si esto sale bien, y

cuando termine, aunque sea desde

Sing-Sing,

voy a escribir el reportaje más «boom» de toda mi vida. Se va a gastar la tinta en los periódicos cuando por un asunto feo salgan a la luz pública tantos nombres importantes, claro que eso no será posible si al terminar el asunto la carroña que deben comerse los grandes buitres es la mía.

Tiró del brazo de Goldy levantándola del sofá, y ella volvió a besarle.

—Calma, calma, tú también me gustas, pero ahora hay otras cosas que hacer. Sé buena chica —le palmeó la mejilla cariñosamente—. Tengo que llevarte a ver a un amigo mío y mientras te quedas con él, yo me acercaré al hipódromo. Quizá tenga allí algo que, a estas alturas aún pueda sorprenderme, lo cual dudo.

Tomó la gabardina de la chica y se la lanzó a las manos expresivamente al tiempo que él se cambiaba de chaqueta, aunque no de pantalones, y se abrigaba con su gabardina «safari».

CAPÍTULO VIII

No le fue difícil entrar en el hipódromo cerrado al público en general. Bastó con mostrar su carnet de Prensa.

Mel Terry opinó:

«Por lo visto, Muley Alad Mohamed quiere una gran publicidad para sus hermosos caballos árabes, de los que se siente tan orgulloso».

La tribuna del Aqueduct Track estaba vacía en su mayor parte, pero en el grupo reunido había gente muy importante de la política y las finanzas y muchos periodistas.

Quizá de lo que había menos eran auténticos aficionados al deporte, se dijo Terry.

Aquella reunión servía para cambiar opiniones y hacer publicidad política indirecta.

Mel Terry consiguió acercarse al egipcio un momento en que éste había quedado solo y le abordó directamente:

—Akent el Abadelin, ¿quiere participar en una subasta de carroña para buitres?

El egipcio, millonario en dólares que rezumaban petróleo, sonrió mostrando unos dientes agudos y finos. Vestía a la europea y a Mel se le antojó que era totalmente calvo y que cubría su cabeza con una espléndida peluca.

—Sí, ahora mismo.

—No se apresure. Deme su número telefónico privado y le avisaré en el momento oportuno.

El egipcio sacó del bolsillo superior de su chaqueta, tras el pañuelo, una delgada tarjeta de oro puro en la que estaba anotado su número telefónico.

—Utilizo éstas cuando estoy en América. Llámeme enseguida, creo que podemos llegar a un acuerdo incluso sin subasta.

—Lo tendré en cuenta —asintió Mel Terry impresionado por el

interés que el egipcio demostraba por la carroña para buitres.

Le hubiera gustado averiguar algo más sobre aquel soterrado asunto, pero los hombres con los cuales estaba tratando eran muy astutos y mostrar una ligerísima debilidad significaba el desborde del recelo y la suspicacia.

Mel se apartó del egipcio mezclándose en el grupo. Trató de buscar el medio de abordar al sirio, pero éste, que era el anfitrión, se hallaba en todo momento rodeado de gente y reporteros gráficos que parecían hacer sus delicias.

Muley Alad Mohamed vestía en el más puro estilo árabe-sirio. Su tez era morena y lucía una delgada barba castaño-rojiza que le daba aspecto de algo diabólico. Sus ojos oscuros tenían un brillo muy especial.

El norteamericano agarró al intérprete del sirio por el brazo, ya que el propietario de los caballos chapurreaba mal el inglés.

—¿Qué hace? Suélteme, espere su turno —le replicó el intérprete sirio en un perfecto inglés.

—Oiga, haga el favor de preguntarle a Alad Mohamed si quiere participar en una subasta de carroña para buitres.

—¿Está usted loco?

—Pregúnteselo. Es un asunto que le interesa de veras. Si no se lo dice, quizá no va a perdonárselo nunca. Aguardo la respuesta.

El intérprete vaciló, pero al fin se acercó al árabe.

En voz baja vertió el mensaje en su oído en su lengua natal.

Contra lo que esperaba el intérprete, el sirio le preguntó algo y el primero señaló discretamente hacia Mel Terry.

Sin abandonar su puesto, Muley Alad Mohamed miró recto hacia Mel Terry.

Asintió con la cabeza y luego le hizo una señal de saludo árabe con la punta de sus dedos tocando el pecho, la boca y la frente.

—Esto marcha —se dijo Mel Terry—. El Nenas parece que sabe lo que se hace. ¿Conseguirá al final sus propósitos que sin duda alguna son delictivos?

El traficante de maderas finas, Onanotte, no había llegado aún, y la demostración hípica comenzó.

Todos tomaron asiento cuando en la pista aparecieron una docena de jinetes árabes con sus atuendos correspondientes. Grandes capas, mucho lujo y lanzas con banderines.

Iniciaron una exhibición de la perfecta doma de sus caballos llena de colorido, riesgo, habilidad y exotismo.

Terry tomó un periódico allí abandonado por alguien mientras esperaba que llegara pronto el hombre de color.

Con grandes titulares pudo leer:

«Ajuste de cuentas entre *gangsters*. *Massacre* junto a la carretera de Chicago. Cuatro hombres asesinados a balazos. Treinta y siete proyectiles ha contabilizado el médico forense, sin contar los balazos que recibió el automóvil».

Mel Terry leyó todo el artículo y pudo darse cuenta que la policía no había logrado averiguar nada. Más tarde había llovido con fuerza, borrando las huellas de los neumáticos del «Mercedes-Benz» y de su «Ferrari».

Al fin entró el congoleño cuando otros jinetes árabes se disponían a situarse en la línea de meta para combatir entre sí, demostrando su destreza como jinetes y la gran velocidad de sus monturas dando una vuelta al hipódromo.

El congoleño entró escoltado por cuatro gigantes negros y dos blancos.

Mel Terry se interpuso a su paso e, inmediatamente, los guardaespaldas del millonario le demostraron su hostilidad.

—Oiga, ¿desea participar en una subasta de carroña para buitres?

El negro, un sujeto alto y maduro, hizo brillar sus dientes, grades como palas, al gruñir:

—Acompañe a mis hombres, por favor.

Dos de los gigantes negros se pusieron a derecha e izquierda del periodista, y Onanotte les dijo algo en un idioma totalmente incomprensible para Terry.

—Creo que me quedará aquí —dijo—. El espectáculo de los árabes es muy apreciable.

Dos objetos duros presionaron sus costados. Aquellos tipos iban armados además de tener unos puños capaces de detener la embestida de un elefante.

—Por favor, no de un espectáculo. Sea dócil, no quiero que le maten.

Tras aquella observación, el traficante en maderas finas se alejó con los otros cuatro gorilas de su séquito y Mel tuvo que caminar hacia las caballerizas acompañado por los dos negros.

Onanotte no le había respondido acerca de si deseaba o no participar en la subasta.

Ya en los establos, uno de los gigantes le golpeó la nuca con tal fuerza que le envió al suelo de bruces.

Tras el primer golpe, Mel Terry comprendió que a Onanotte no le gustaba aquella clase de subastas y que debía alejarse antes de que aquellos dos gigantes le convirtieran en carne picada para hamburguesas de restaurante barato.

Sonó un disparo, demasiado lejano para haber sido hecho por los dos gigantes negros. La carrera de los jinetes árabes debía haber comenzado.

Sus capas flotaban en el aire neoyorquino bajo un cielo gris, encapotado, amenazador de lluvia y con una temperatura que no hacía soñar precisamente en los helados.

Uno de los dos negros le lanzó una patada que habría bastado para hundirle varias costillas.

Recordando lo que costaba componer una fractura de costilla en una clínica de Nueva York, honorarios que ya había pagado en otra ocasión, juzgó conveniente no reincidir en pagar más facturas módicas a plazos.

Tomó el pie del negro, lo retorció y dio con él en el suelo.

Tuvo que hacer uso del karate. Cuando estudiaba periodismo le habían contado las palizas que se recibían en la profesión si se quería ser honrado consigo mismo y decidió aprender karate y judo.

En aquella ocasión le sirvió admirablemente, porque la coxa que propinó en plena cara del negro que se hallaba en pie le dejó la nariz más aplastada y el labio superior partido.

Dejar KO a aquellos dos tipos que debían encajar como un rinoceronte era una utopía. Lo que debía hacer era ganar tiempo y escapar aunque fuera a caballo.

La pelea prosiguió.

Mel Terry, pese a replicar de forma contundente, empezó a recibir con dureza los golpes de los congoleños.

Tuvo suerte.

Los jinetes que habían hecho prácticas de habilidad y que iban

armados con lanzas, se acercaron en aquellos momentos.

Al verles, los dos negros vacilaron. Los árabes se detuvieron, dubitativos de participar o no en aquella lucha cuyos motivos ignoraban.

A Mel Terry se le ocurrió una idea que resultó feliz.

—¡Llamad a Muley Alad Mohamed!

Alguien debió entenderle, porque gritó, algo en sirio y todas las lanzas bajaron amenazantes hacia los negros que, temiendo ser ensartados, retrocedieron hasta pegar sus espaldas a la pared de uno de los barracones.

Mel Terry imitó el saludo que le prodigara el sirio-árabe y se apresuró a alejarse.

Ya se apañarían los dos congoleños para salir del aprieto en que se encontraban, él ya se había arriesgado suficiente, pensó.

Cuando a bordo de su «Ferrari» puso el motor en marcha, se tocó la mandíbula dolorida y masculló para sí mismo:

—Deben de practicar en el saco de arena a diario, vaya puños. No fanfarronearía tanto Cassius Clay si conociera a estos tipos.

Se dirigió al consultorio particular de un joven médico amigo suyo, que le recibió preguntándole:

—¿Qué te ha ocurrido en la cara?

—Gajes del oficio, pero no importa.

—¡Agnes! —llamó a la enfermera.

—¿Llamaba, doctor?

Mel Terry silbó aprobativo.

—Siempre tienes una belleza como ayudante.

—Pues la tal Goldy no es manca precisamente, toda una preciosidad.

—¿Dónde la tienes?

—En una salita, mirando revistas.

—Bien. Ahora dime: ¿qué le sucede en la garganta?

—Aparentemente, nada.

—¿Nada?

La réplica de Mel Terry estaba impregnada de desconcierto.

El joven otorrinolaringólogo le puso una mano en el hombro. Sentándose en el borde de su nívea mesa explicó:

—Orgánicamente no tiene nada, pero no es necesario que te explique que...

—¿La psicósomática?

—Eso es. La chica no tiene nada, pero una neurosis histérica por algo que le haya ocurrido le ha paralizado las cuerdas vocales. Es un caso frecuente entre personas que han pasado por una situación muy desagradable.

Mel Terry recordó a Goldy metida dentro del ataúd y, ¿cuántas cosas más habría pasado antes?

—Pero ¿tiene posibilidades de curarse?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De lo que ella quiera colaborar. Yo, como otorrino, no puedo recomendarle nada. Tiene una naricilla preciosa, una boca que tú debes conocer mejor que yo, y unas cuerdas vocales intachables.

—¿Tengo que ir a un psiquiatra?

—Es lo más adecuado. Un hipnólogo sería el mejor terapeuta para ella.

—¿Bajo los efectos del pentotal hablaría?

—Posiblemente, sí. Visita a un hipnólogo, él te dirá cuál es el trauma que ha causado esta autoparalización de sus cuerdas vocales. Conociendo el trauma, no será difícil la recuperación. Pero, si aceptas un consejo, una mujer parlanchina es peor que una muda. Muchas veces me siento culpable de dejar a mujeres en perfecto estado de marear a sus maridos y a cuántos las rodean. Imagino que recibiré muchas maldiciones por mi trabajo.

—Sí, creo que sí. Voy a ver a Goldy. Pásame la minuta por casa.

—No será necesario. Recuérdame alguna vez en tus reportajes y estamos en paz.

—Publicidad indirecta, ¿eh?

Agnes, con una bata que terminaba justo donde nacían las *panties*, le condujo con un ondulado movimiento da sus perfectas redondeces posteriores hasta la salita.

—Aquí está, señor Terry.

Abrió la puerta y no vieron a nadie.

—¡Se ha ido! —exclamó la enfermera.

—¿Ido, pero adónde?

CAPÍTULO IX

El cielo seguía plumizo.

No había llovido en unas cuantas horas, pero el suelo del Central Park estaba muy fangoso.

Mel Terry había tenido que dejar su «Ferrari» doce cilindros en el *parking*, pues estaba prohibida la entrada de vehículos en los lugares donde iba a efectuarse la exposición canina que, tradicionalmente, se celebraba todos los años durante el mes de febrero en la gran ciudad de los contrastes.

Había perros que vestían abrigitos de visón como sus propietarios y lucían collares con pedrería que aunque fueran de imitación valían diez veces más que cualquier collar que se hubiera colocado una de las chicas del East Side.

En cambio, otros perros habían aprendido a vivir por entre los basureros de los barrios East y Harlem, perros tan neoyorquinos como su alcalde, perros que sabían que cruzar determinadas calles podía costarles la vida.

Por ello, se formaban grupos de canes que se comunicaban con sus compañeros del otro lado del asfalto mediante aullidos más que ladridos en las madrugadas de mucho frío y hambre.

Sí, Nueva York era la ciudad de los grandes contrastes para los hombres y también lo era para los perros.

No necesitó preguntar dónde se realizaba la exposición canina. Aunque sus oídos estaban saturados de los altos decibelios del tráfico de Manhattan, captó los constantes ladridos de los canes.

—¿Un dólar cincuenta la entrada? —preguntó perplejo al portero que custodiaba la puerta que cerraba el recinto de exposición.

—Es de carácter benéfico, amigo.

—¿Benéfico para quién? —inquirió molesto.

—Para los perros desamparados. Ellos también tienen derecho a

comer.

—Si es así, aquí tiene su dólar cincuenta. —Mientras se alejaba observó...: Luego me dice en qué lista puede apuntar mi nombre. Yo también estoy desamparado.

Tras unos grupos de altas y redondas tuyas mexicanas se hallaba el recinto al aire libre donde de junio a setiembre se daban conciertos populares.

Ahora no había sillas y sí perros y muchas damas preocupadas por el encapotado cielo y el frío que podían pasar sus lanudos protegidos.

Había una serie de cajones más o menos estéticos que hacían las veces de jaulas para los perros que participaban en el concurso.

Habían otros grupos de canes para vender y una pancarta que advertía: «Los perros sin *pedigree* no pueden entrar en concurso ni se venden en los establecimientos selectos».

—Segregacionistas... —Gruñó Terry.

Un perro le ladró casi en el mismo oído. Mel Terry se volvió pensando que de un momento a otro iba a perder un pedazo de gabardina, pero el chuchó, un dogo, estaba dentro de una jaula. Por lo visto, su dueño no se fiaba de él.

—Calma, amigo. Pronto estaré como tú, según me van las cosas. Sí, tendría que contarte que soy un estúpido, que podría haber gozado mucho y bien antes de que me encierren, pero soy todo un caballero. Me iré a una celda como la tuya como un perfecto imbécil. ¿Dónde diablos se habrá metido Goldy?

—No se llama Goldy —observó una voz de mujer tras él.

Al volverse se encontró con cien kilos de humanidad femenina y compadeció al perro.

—No, no, señora, no hablaba de su precioso animal.

—Le gusta, ¿verdad? Es hembra.

—Lo siento, señora, pero tengo otra clase de gustos.

Se alejó.

La temperatura estaba a cero grados, pudo escucharlo por el altavoz de un transistor que no llegó a ver y que debía llevar alguno de los asistentes a aquella exposición de ladridos.

La fina nieve hizo su aparición.

Los chuchos seguían ladrando y las mujeres abrieron sus paraguas más para proteger el último peinado de su perro en

concurso, que no les habría costado menos de ocho o diez dólares, que el de ellas mismas.

Al fin, llegó Chang Wan Tai. Iba acompañado de un grupo de asistentes o anfitriones, Terry no les conocía.

El chino no era muy alto, y bien abrigado parecía más redondo. Su abrigo debía de tener un forro muy lamido, lo mismo que su gorro.

Aquel industrial de Formosa no debía estar acostumbrado al frío de Nueva York y escondía también sus manos dentro de gruesos guantes.

Terry se había enterado de que Chang Wan Tai era el invitado de honor de aquella exposición canina, porque desde la mismísima Formosa exportaba a Estados Unidos botes preparados de comidas para perros, comida que los veterinarios habían calificado de excelente y que en Estados Unidos no se podía dar por el mismo precio.

Claro que el chino contaba con una mano de obra muchísimo más barata y unos aranceles muy favorables por ser Formosa nación protegida de Estados Unidos.

Cerca de Mel Terry, alguien insinuó:

—Dicen que compra las vacas sagradas de la India a precios tirados. Las convierte en pasta, las envasa y la envía para nuestros perros. Creo que si algún día se enteran los indios de este negocio van a enfadarse mucho.

A Mel Terry, como periodista, aquel rumor le pareció muy noticiable. Pero, estaba allí por algo mucho más importante, al menos así lo creía él. En aquel asunto habían muerto ya casi media docena de hombres.

Hacer la pregunta de marras públicamente resultaba muy embarazoso. Tenía que hacer un aparte con el industrial.

Seguía nevando finamente, aunque los copos no llegaban a cuajar.

No había gatos allí y, por lo tanto, no podía soltar uno para organizar la cacería y la gran confusión.

Tenía que hallar una idea... Se acercó al grupo, se medio ocultó entre los seguidores del proveedor de botes para perros y ahuecando la voz gritó:

—¡Un perro rabioso!

Tal como deseaba, se organizó la estampida.

Había demasiados perros allí para saber cuál era el rabioso.

Con el susto, muchas mujeres soltaron el suyo, y fueron más de una docena de perros los que comenzaron a correr, ladrando en medio de la barahunda general.

La gente del grupo se había disuelto. Cada cual creía que tenía tras de sí al can rabioso, pero al que Terry no dejó escapar fue a Chang Wan Tai, cogiéndole por el brazo.

—Aguarde, quiero hacerle una pregunta.

—¿A mí? Tenga en cuenta que hay un perro rabioso suelto.

—No tema, el único perro rabioso que hay aquí soy yo.

—¿Usted? —preguntó el chino en perfecto inglés, sonriéndose ante lo que adivinaba una broma.

—Sí, es que he perdido a mi Goldy.

—Oiga, amigo, lo que ha organizado tiene gracia. La gente corre de un lado a otro. Yo mismo había llegado a pensar que me aburría soberanamente escuchando ladridos y viendo los cursis peinados de los canes lanudos. Claro que yo, de usted, iría a un psiquiatra.

Con aparente sinceridad, Terry asintió:

—Sí, yo también me estoy afianzando en esa idea, pero antes dígame: ¿Asistiría a una subasta de carroña para perros, digo, para buitres?

Cambió la mirada del oriental, aunque siguió corriendo.

—Eso ya es otra cosa. Dejemos que la gente siga corriendo.

Sacó una pitillera de oro blanco, ribeteada con finísimas y diminutas esmeraldas. Si el chino tenía buen gusto, no podía jurarlo todavía, pero era obvio que dinero no le faltaba.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias, un pitillo siempre viene bien para deshelar los copos de nieve que se le posan a uno en la nariz.

Mel Terry se puso un cigarrillo entre los labios y el chino hizo lo propio.

Fue Mel, con su encendedor de acero inoxidable, quien los encendió. Aspiró el humo con fruición y aprobó:

—Un tabaco excelente.

—Yo siempre compro lo bueno y su subasta me interesa, señor...

—Mi nombre no importa.

—Sin embargo, creo conocerle. Le he visto en alguna parte,

quizá en televisión.

—Posiblemente somos muchos los imbéciles que nos parecemos en este gran país. Ahora, si me da su número de teléfono privado, le citaré cuando deba de celebrarse la subasta. Ya ve por dónde la carroña para buitres está solicitadísima y son varios los hombres con millones que quieren comprarla.

—Si es una subasta, allí nos encontraremos.

—¡Aquél, aquél ha sido! —gritó alguien cuando renació la calma.

Un hombre se acercaba señalando a Terry junto con un agente de la Metropolitana.

«Ya estoy en líos otra vez», pensó.

El chino intervino en su defensa:

—Este caballero es gran amigo mío, déjenlo en paz. Ha sido otro el que ha hecho la gamberrada.

Mel Terry expulsó el humo del cigarrillo por la nariz mientras observaba al suspicaz policía irlandés que le miraba sin disimulo alguno.

—Oh, sí, claro que sí, señor Wan. Disculpe, agente, la nieve hace confundir.

El grupo se acercó de nuevo al oriental y Mel Terry deseó:

—Buena venta de sus botes.

—La promoción de venta debe cuidarse siempre con sumo detalle. Usted, en estos momentos está haciendo una labor que emula la mía.

—Un halago viniendo de usted —observó Mel.

—Nos veremos pronto —dijo el oriental alejándose.

Mel Terry salió del recinto. Mientras por los caminos del Central Park se dirigía al *parking* en busca de su coche, empezó a sentirse mal.

Los párpados comenzaron a pesarle. Sintió también pesados sus pies, como si andara por un barrizal.

Siguió fumando cuando, de pronto, ya vacilante, una idea acudió a su mente. Se sacó el cigarrillo de entre los labios y le miró preocupado, arrojándolo al suelo.

—¿Qué habrás puesto aquí dentro, maldito chino?

Ya con los párpados como plomos, miró hacia atrás y pudo ver dos figuras que semejaban bailar, pues ya todo se movía a su

alrededor, dos figuras con abrigos oscuros. Al fin divisó sus rostros y gruñó para sí:

—Chinos.

Los dos chinos sonreían o le mostraban sus dientes, Mel Terry no lo supo.

Quiso alejarse lo más rápidamente posible hacia su coche, pero se dio cuenta de que sus piernas se negaban a correr.

—No me queda más remedio que ofrecer pelea, ya que no puedo huir —se dijo tambaleante.

Los chinos, con las manos en los bolsillos, siguieron bailando delante de él, pero sin avanzar.

—¡Venid, venid, malditos, mata vacas sagradas! ¡Vamos, yo os voy a convertir en pasta para botes!

Los chinos seguían mirándole con sus ojos impenetrables.

Mel Terry no pudo ni luchar.

Su mente estaba envenenada por la droga del cigarrillo que tan cordialmente le ofrecieran.

Todo se hizo oscuro delante de sus ojos y se derrumbó cuanto largo era mientras sobre el Central Park seguía nevando.

Cada vez eran más los copos de nieve que no se licuaban al llegar al suelo y todo a su alrededor iba tomándose más y más blanco.

CAPÍTULO X

Goldy, la bella Goldy, danzaba como una hurí del paraíso musulmán. Mel Terry se sentía reposar entre mullidos almohadones.

Cubierta de suaves velos semitransparentes, Goldy se le acercaba en su más sensual esplendor.

Los labios femeninos se acercaron a los suyos y le besaron ardientemente.

Las manos de la mujer se cerraron en la nuca de Mel Terry, oprimiéndola, y un dolor agudo comenzó a hacerse insoportable.

Quiso apartar a Goldy de sí, mas no lo consiguió y ella tenía dedos como de acero que al fin le obligaron a gritar de dolor, con toda su alma.

Tras el alarido, abrió los ojos. Una fuerte luz le obligó a cerrarlos de nuevo.

—Lo siento, señor Terry, pero el narcótico que lo ha dormido tiene el defecto de proporcionar raras pesadillas con dolor final, claro que cada hombre tiene su pesadilla particular.

Terry no comprendía. Se encendió una luz general y se apagó el foco que dañara sus ojos.

Como era de suponer, Goldy no estaba con él.

Mel Terry se hallaba dentro de una especie de habitación totalmente de madera, algo pequeña, techo bajo y sin ventanas, con una única puerta que Mel juzgó estrecha también.

Reconoció de inmediato los rostros orientales, en especial el del hombre que acababa de hablarle.

—Ah, un cigarrillo muy oportuno, Chang Wan Tai.

—Es usted listo, señor Terry, pero no supo prevenirse y cuando se lleva adelante un negocio como el que usted tiene entre manos...

—¿Qué negocio ni qué diablos?

Mel Terry comprobó desagradablemente que se hallaba atado sólidamente a una especie de mecedora de escaso vaivén.

El oriental sacó su pitillera y extrajo un cigarrillo, que se llevó a los labios. Uno de sus guardaespaldas se apresuró a darle fuego.

—¿A usted no le hacen efecto sus suaves pitillos? —preguntó Mel, irónico—. Estoy acostumbrado a los narcóticos, señor Terry. Además, este cigarrillo lleva una dosis veinte veces inferior a la que usted se fumó. —¿Y cómo sabía que yo iba a coger el «petardo»?

—Muy fácil.

Sacó otra pitillera idéntica, mostrándosela a Mel.

—Ya, según el invitado, una pitillera u otra.

—Correcto, señor Terry.

—Bien. Ahora, aunque la mecedora es cómoda, le agradecería me quitara las cuerdas que me sujetan a ella.

—No tan aprisa, señor Terry. Antes, tenemos que hablar.

—Creo que usted y yo, por el momento, nada tenemos que decirnos, señor Wan Tai. No tengo perro y lo siento, pero no voy a ser consumidor de sus botes alimenticios —dijo, con sarcasmo.

—Señor Terry, le ofrezco un millón.

El periodista quedó francamente sorprendido.

—¿Un millón de qué, de vacas, de perros, de piojos o de hematías?

—Un millón de dólares, señor Terry —concretó el oriental.

—¿Un millón de dólares? —repitió grave. Se echó a reír a plena carcajada, pero el chino era paciente y no se inmutó.

—¿Un millón, por qué habría de darme un millón de dólares?

—Por la carroña para buitres.

—¿Así de sencillo?

—Sí, creo que es un buen negocio. Después de todo, supongo que usted no es más que un miembro de la organización que subasta la carroña. Me dice dónde está, yo me la llevo y usted gana un millón limpio.

—Vamos, vamos, Wan Tai, es usted un coyote amarillo. ¿Be veras está dispuesto a pagar un millón?

—Sí, supongo que la subasta subirá mucho más y sólo intento ahorrarme míos cuántos millones.

—Y que los otros millonarios como usted no tengan la oportunidad de llevarse la carroña.

—Exactamente, señor Terry.

Mel Terry suspiro.

—Pues, lo siento, yo no la tengo y ni siquiera sé qué es la carroña.

—No se haga el imbécil. Tengo métodos para hacerle hablar por las malas, pero ya ve, estoy intentando ser su amigo.

—Supongo que estará pensando en utilizar los métodos de tortura de sus honorables antepasados.

—A ellos les dieron resultado.

—Se lo digo en serio, no sé qué es la carroña. Yo sólo soy el que da la cara, el que recibe los puñetazos.

El oriental sonrió suficiente. Expulsó con mucha suavidad el humo del cigarrillo entre sus finos labios, creando una tenue cortina entre ambos. Luego dijo:

—Usted sabe muy bien que la carroña es la bomba «H» y los buitres los posibles compradores. Quien pague más alto se la lleva, eso es todo.

—Oiga, señor Wan Tai, no estará hablando en serio sobre esa supuesta bomba «H», ¿verdad?

—No se haga el ingenuo, señor Terry. Todo el mundo del espionaje en Nueva York y en otras partes del mundo sabe lo que ocurrió.

—Por lo visto, todos menos yo —comentó con sarcasmo.

—Le refrescaré la memoria, señor Terry. Quizá el cigarrillo o «petardo», como usted lo ha llamado, tenía una dosis demasiado fuerte para un hombre que jamás toma narcóticos como usted.

—Sí, no tengo esos vicios. Yo más bien soy estúpido.

—No sea masoquista, señor Terry, no va a convencerme. Sabe bien que un bombardero «Convair B-36»,

cargado con una bomba «H», cayó al Océano Atlántico cerca de las costas de Florida una noche oscura. Dos de sus tripulantes murieron y uno desapareció. El Pentágono, en medios de espionaje, niega haber perdido una bomba «H», pero lo niega con mucha efusión y nadie lo cree, por supuesto. Luego, el aviador que faltaba, el capitán Howard Kenneth, reventó en una explosión cuando entraba en el consulado de Yugoslavia, posiblemente para venderles la bomba «H» o la carroña, como usted quiera.

—¿Y quién hizo volar al capitán Kenneth?

—No lo sabe nadie. Pudo ser usted mismo temiendo que el

capitán Kenneth les fuera a traicionar vendiendo particularmente la bomba «H» a los yugoslavos o podría ser cualquier otro comprador como yo que no deseaba perder su oportunidad de comprar el artefacto nuclear para entregarlo a las fuerzas militares de su país.

—Empiezo a comprender. Nada oficial. Los millonarios verdaderos patricios y mecenas de sus respectivos países, quieren comprar la bomba «H» para entregarla a su Gobierno, quizá por un precio más alto del que han pagado. Reciben negocio y agradecimiento. Si un judío entrega la bomba a su ministro de Defensa, Israel esgrimirá el artefacto nuclear diciendo que desintegrará a quienes osen atacarle. Lo mismo ocurrirá con Egipto, Siria o ustedes, los de Formosa, aunque la verdad, son a los que menos entiendo.

—¿Por qué?

—Porque ustedes están protegidos por los norteamericanos.

—Ustedes, los hijos del Tío Sam, están perdiendo muchos enteros en el mundo de la política, señor Terry. La bomba «H» es muy disuadora. Si Taiwan la posee, Pekín estará más inquieto y todo el mundo respetará nuestra autosuficiencia. Hasta es posible que regresemos a la ONU. Necesitamos demostrar que somos un pueblo autónomo y no un satélite para los norteamericanos.

—Lo que a usted le produce muy sabrosos beneficios, señor Wan Tai.

—Y me los seguirá produciendo, pero lo fuerza militar de mi país será más poderosa y nadie se atreverá a menospreciarnos, a expulsarnos de la ONU como ocurrió recientemente.

—Nosotros les apoyamos.

—No fue suficiente, ya le he dicho que han perdido muchos enteros. La posesión de una bomba «H» por un pueblo como el nuestro o Israel, Egipto, Siria o cualquier otro, no representa forzosamente que haya de ser empleada para aplastar a otra nación. Sirve de disuasión como dicen los poderosos que las tienen y al mismo tiempo infunde moral a todo el pueblo que la posee. Se sentirían fuertes y, en consecuencia, el Gobierno también sería fuerte. Entraría en el club nuclear de las grandes potencias y todos tendrían muchos miramientos con la pequeña nación nuclear. Más préstamos, más consideraciones, etcétera.

—Más poder, en una sola palabra, señor Wan Tai.

—Sí, eso es lo que están ustedes ofreciendo con esta bomba atómica, señor Terry. Como comprenderá, yo deseo comprarla para entregarla al Gobierno de mi país y no quiero que la compre otro, por eso le tengo a usted aquí.

—Pues se ha equivocado de captura, señor Wan Tai, no ha cazado a un león sino a un simple mosquito.

—Ya le he advertido que dispongo de métodos para hacerle hablar. No me gusta la violencia y usted podría ser torturado lentamente con los métodos más refinados.

—No sea estúpido, Wan Tai. Son varios los buitres que participarán en la subasta, y si usted hace que toquen una sola de mis uñitas, va a quedar fuera de esa subasta con todo lo que significa.

—¿Me amenaza? —preguntó, pausado.

Debía de ser muy raro que aquel oriental se excitara. Sonreía siempre y miraba burlonamente a los demás.

—Yo no sé dónde está esa maldita bomba «H». Si no se lo cree, inyécteme pentotal sódico, es decir, suero de la verdad y pregúnteme. Puede que le cuente muchas aventuras amorosas, pero de la bomba, ni «pum». Si lo hace, usted pierde su oportunidad, señor Wan Tai, de modo que si es listo me soltará, me dará su número de teléfono y esperará a que le llamen para la subasta. Lo mismo que está usted haciendo conmigo intentó hacerlo el señor Jeremías Hanker.

—Sí, ya lo sé. Cuatro de sus hombres fueron ametrallados brutalmente. Supuse que habían sido ustedes.

—Usted sabe muchas cosas, señor Wan Tai —observó Mel Terry con franqueza.

—Las que me interesan. La noticia de la próxima subasta de carroña para buitres la entregaron ustedes a un miembro del Consulado de Formosa, señalándome a mí como a uno de los posibles compradores. Cuando esto ocurrió, se pusieron en marcha todos los sistemas de espionaje que operan aquí en Estados Unidos.

—Sé que todas las naciones tienen sus espías, pero no que operaran de forma tan efectiva.

—Pues lo hacen, y en ocasiones, entre ellos, se intercambian informaciones. Es una forma de ganar dinero extra. Por eso me enteré de los cuatro muertos israelitas y también de las naciones

que pueden estar representadas en la subasta. —Por eso ha tratado de adelantarse a los demás, ¿verdad?

—Sí.

—Pues suélteme, porque en vez de adelantarse va a retrasarse. A mí me han buscado como intermediario y ya ve lo que son las cosas, ni siquiera sabía que hubiera una bomba «H» de por medio.

—Señor Terry —dijo, paciente, el oriental—, es usted un imbécil o el mayor embustero que ha conocido la historia.

—Más bien créase lo primero, señor Wan Tai.

El oriental hizo una seña a uno de sus hombres, y éste se apresuró a desatar al periodista.

—Señor Terry, se halla a bordo de una barcaza en los puertos de Nueva York. Cuando se vaya, cuídese bien. Hay mucha gente que le busca y muy pocos estúpidos como yo dispuestos a creerle.

—Me siento como un conejo rodeado de perros por todas partes.

—La Military Police y el FBI le buscan, y no digamos la CIA. Se está metiendo en líos internacionales y tanto la URSS como China Roja, Francia e Inglaterra, han puesto en danza a sus espías persiguiéndole. Será usted un excelente trofeo para quien le capture, señor Terry.

—Espero no terminar sonriendo y disecado colgado en el despacho de algún importante departamento de espionaje internacional. Señor Wan Tai, encantado de haberle conocido, espero que pronto volvamos a vemos.

—Por su bien, que así sea, señor Terry. Ya le conozco, y si perdiera mi oportunidad después de confiar en usted, no habría sima lo suficientemente profunda en toda la Tierra donde usted pudiera sentirse seguro.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, por favor, no haga que me sigan. Sería llamar la atención y si aparece esa jauría de perseguidores que, por lo visto andan tras de mí, podrían cazarme y usted perdería su oportunidad.

—Mi número de teléfono es el...

CAPÍTULO XI

Arribaba con su «Ferrari», ya rescatado del Central Park, ante su apartamento, cuando vio venir a un hombre por la acera.

Caminaba con paso rápido, aunque sin llamar la atención. Se había hecho oscuro y no pudo reconocer su rostro hasta tenerle cerca.

—Vaya, es de la escolta de el Nenas.

Irving, el sujeto de rostro enigmático, desagradable, que inspiraba suspicacia, echó mano a la portezuela y abriéndola se introdujo en el coche.

—Vamos, rápido.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso el Nenas quiere verme?

—Tiene visitas en su apartamento, señor Terry. Creo que se lo estarán dejando algo revuelto, y si no quiere que le revuelvan a usted, será mejor poner mucho espacio de por medio.

—Vaya, ya me han identificado, pero ¿quiénes son, los millonarios a los cuales he estado visitando?

—Lo ignoro, sólo sé que media docena de hombres han subido a su apartamento. Es un hombre muy buscado, señor Terry.

—Sí, ya me he dado cuenta. Creo que deberé ir pensando en colocarme una máscara como la que usted lleva.

—Se ha dado cuenta, ¿eh?

—Para un hombre como yo, acostumbrado a ver rostros, no le es difícil advertir cuándo se trata de ocultar la verdadera fisonomía. Además, no es usted un artista en el arte de disfrazar sus facciones, pero para bulto ya sirve —dijo, sin preocuparse demasiado, mientras su «Ferrari» reanudaba la marcha alejándose de nuevo.

En algunos parterres se veía la nieve que había llegado a cuajar.

—¿Y no se interesa por saber quién soy?

—Yo no me meto en lo que no me importa hasta que me interesa.

—Es usted un tipo muy raro. Creo que haciéndose el tonto es usted muy listo.

—Me aturde su halago. Ahora, dígame, ¿adónde vamos?

—Siga adelante. Ya le señalaré el camino.

Siguiendo las indicaciones de Irving, rodó hasta el East Side.

Se introdujo por un siniestro callejón de unos siete metros de ancho, quizá menos, de suelo adoquinado y mojado, con cubos de basura y mucha oscuridad.

Los faros del «Ferrari» taladraron la negrura del callejón.

—Ruede despacio, estamos llegando.

Había allí varios edificios en ruinas.

Uno de ellos estaba apuntalado con vigas de madera y todos semejaban deshabitados. Posiblemente el Ayuntamiento había planeado sanear aquella zona.

—Detenga el coche.

Terry obedeció.

Irving tocó el claxon alargando su mano e hizo una contraseña con toques largos y cortos.

A la derecha de Terry se abrió pesadamente un gran portalón de madera de hacía casi dos siglos. Dentro oscilaban unas linternas.

—Vamos, señor Terry, adelante.

—Mientras no nos caiga el edificio encima, todo irá bien.

Entraron por el gran portalón, donde antaño debieran introducirse las caballerías cuando Nueva York aún no conocía el automóvil.

Cruzaron el edificio saliendo a un patio interior donde había tres coches más detenidos.

Uno de ellos era un gran «Mercedes-Benz», modelo Embajador, que seguramente tendría más dificultades para entrar que el «Ferrari» deportivo, de carrocería pequeña y biplaza.

—Deténgase ahí, junto a los otros autos.

Mel maniobró hasta colocar el «Ferrari» encarado con la salida por si debía utilizarla rápidamente.

Dos hombres más, provistos de linternas, se les acercaron. Mel reconoció en ellos a los secuaces de Humberto Queens.

—Sígalos —ordenó Irving.

Partiendo de aquel patio interior para caballerías, que no tardaría mucho tiempo en ser convertido en solar, incluido el

edificio de escasa altura, se abrían muchas puertas que debían comunicar con viviendas ya muertas y desalojadas hacía tiempo.

Posiblemente serían ocupadas por delincuentes que huirían de la policía, sintiéndose acorralados, o por individuos que no tendrían ni un par de dólares con que pagar una habitación sin ventana donde dormir.

Claro que, por unos centavos, se podía dormir en el servicio de camas calientes, muy frecuente en el Harlem negro. Unos centavos y derecho a descansar ocho horas en un lecho recién abandonado por otro y todavía más caliente.

Descendieron a una especie de sótano, iluminado con luz eléctrica, proporcionada por unas baterías de automóvil que precariamente habían llevado a aquel lugar húmedo y seguramente repleto de insectos, ratas y escarabajos.

Mel Terry reconoció de inmediato a el Nenas.

Estaba sentado en una silla, pero quién se llevó rápidamente su ansiosa mirada fue la chica rubia, vestida con casaca y pantalones de piel. Se hallaba sentada también en una silla, pero con las manos a la espalda.

—¡Goldy!

—Se te escapó la chica, ¿eh, Terry?

—¿Cómo la has encontrado? —preguntó, acercándose a la joven.

—Te estamos protegiendo todo el tiempo. Mis hombres vieron cómo la chica se escapaba de donde la habías dejado y les fue fácil cazarla. Como la infeliz no grita cuando le ponen las manos encima... —observó, sardónico, el *gángster*.

Mel Terry se acercó a Goldy y le vio las manos atadas a la espalda con una pequeña cuerda que le estaba hiriendo las muñecas. La desató liberándola y ella le miró agradecida.

—Con que protegiéndome, ¿eh? Pues de Chang Wan Tai no habéis sabido protegerme.

—Deseo saber lo que te ha ocurrido, Terry. Mis informes son que saliste bien de la exposición canina.

—De la exposición canina sí salí bien —aceptó Mel Terry, sentándose en un cajón casi a horcajadas.

Hacía frío allí y no se sentía a gusto. Goldy no le quitaba los ojos de encima.

—El chinito me tendió una trampa en la que caí.

—¿Te aguardaban sus hombres afuera?

—Me narcotizó con un cigarrillo que me cedió amablemente.

—Esos endiablados orientales... Hay que tener mucho cuidado con ellos. Te están saludando, y mientras te están rajando las tripas sin que te des cuenta —observó Humberto Queens con sarcasmo.

—Pues algo tenía metido en la cabeza el chinito. Tenía la idea de que yo sabía muchas cosas y, la verdad, yo no sabía nada —observó Mel, irónico.

—No estarías temiendo que te aplicaran la refinada tortura china, ¿verdad? Hoy en día, eso está pasado de moda. Existen otros procedimientos para hacer hablar a los que tienen la lengua pegada al paladar.

—Sí, eso mismo me ha contado el chinito —puntualizó Mel— y he tenido que explicarle que no sabía nada de nada.

—¿Y se lo ha creído?

—Ha debido pensar que soy tan idiota como estoy pareciendo y me ha dejado marchar.

—Eso es extraño. ¿Qué clase de pacto has hecho con Wan Tai?

—Ninguno, sólo que le he advertido que si no me soltaba perdería su opción a la subasta y, por lo visto, está muy interesado en la bomba «H».

—De modo que ya sabes de qué va la carroña.

—Algo me ha contado Wan Tai para que recordara.

El Nenas se levantó de su silla y caminó despacio por el amplio sótano.

Goldy no se movía de la silla donde estaba viendo a Mel cerca y tranquilo.

—Éste es el mayor negocio de mi vida, Terry. Yo le llamaría el «boom» del mundo del hampa.

—Sí, esas cosas suelen ocurrir entre espías, entre naciones, pero el Nenas, un proxeneta reconocido, convicto y confeso, después de ser liberado de

Sing-Sing,

capturando y vendiendo una bomba «H» resulta algo muy fuerte y espectacular. ¿Quién te ha ayudado a hacerte con la bomba? ¿Ése?

—señaló a Irving.

—Sí. En realidad, él es el artífice, claro que yo soy el jefe. Coincidimos en un *night club* con no sé qué chica. Bebimos, nos

fuimos soltando de la lengua, nos aburríamos de la chica y comenzamos a darle forma a nuestro plan, que ya va camino de finalizarse.

—Vas a tener a toda la policía especial de Estados Unidos y de otras potencias tras de ti, Nenas —observó el periodista.

—Tras de mí, no, tras de ti. Es a ti a quien todos conocen. Tú eres quien da la cara.

Luego, cobrarás tu parte.

—¿Mi parte? ¿Cuántas onzas de plomo serán?

—Tus cien mil dólares, Terry, lo prometido es deuda, y nadie puede decir de el Nenas que haya traicionado en ocasión alguna a sus compañeros de faenas.

—Bien, bien, esperemos que el haberme arriesgado tanto sirva para algo.

—Servirá, ya lo creo que servirá. Pronto estará saldado el asunto.

—¿Comenzará pronto la subasta? Los buitres están ansiosos de participar en ella. Cada uno teme que otro se la lleve.

El Nenas rió, satisfecho.

—Están muy interesados, ¿verdad?

—Por lo visto, se les hace la boca agua al pensar que tienen tan cerca la oportunidad de comprar una bomba «H» por un precio razonable —dijo Terry.

—Sí, las bombas «H» no están en venta. Ningún particular puede fabricarlas ni ponerlas a la venta y ahora que hemos podido escamotear una echando al agua un bombardero, todos desean adquirirla, y en la subasta se picarán lo suficiente entre sí como para que el precio del artefacto sea aceptable, ¿verdad, Irving?

—Sí, ésa es nuestra intención. Hacer un negocio de cien mil dólares en este caso sería ruinoso. La subasta tendrá un precio mínimo inicial de diez millones de dólares, y cada puja no podrá ser inferior a la anterior en quinientos mil dólares.

—Por todo lo que sé, Nenas, has planeado esta vez un gran golpe, si es que puede llamarse así a esta clase de trabajos.

Escéptico, el cincuentón Humberto Queens fraseó:

—Robar es relativamente fácil, lo difícil es deshacerse de lo robado por un precio que no lastime nuestro orgullo.

—Sí, los «peristas» son unos halcones que la mayoría de las

veces se llevan la parte más sabrosa.

—Podíamos haber intentado vender la bomba a los propios Estados Unidos —observó Irving—, pero nos hubieran pagado menos en caso de llegar a hacerlo.

—Con nuestros buitres nos evitamos intervención oficial y luego, ningún país podrá decir que ha robado la bomba. Son millonarios particulares quien la comprarán, aunque luego perciban de sus respectivos países lo desembolsado —dijo el Nenas. Después, riéndose, agregó—: Como los del Pentágono no quiere admitir que les ha sido escamoteada una bomba «H» porque sería el escándalo del siglo y el temor de todo el mundo...

Irving añadió a las palabras de su jefe:

—Ya nos tienen por tontos en todas partes. Nuestras equivocaciones en la pasada guerra, también en Corea y Vietnam, se han repetido hasta la risa. Bombardear por error nuestras propias posiciones no hace de nosotros unos tipos listos.

—Sí, es una lástima que el mundo tenga de nosotros esa opinión —observó Mel Terry—. Somos unos mucha —chotes algo ingenuos según el mundo, pero tenemos gran parte del poder, claro que dentro de unos días, un pequeño país y además belicoso, poseerá también una bomba «H» para presumir de ella o destrozar a sus enemigos si osan atacarles. Por cierto, ¿de cuánto es la bombita?

—De un megatón —aclaró Irving, al parecer bien enterado.

—Lo suficiente para borrar Nueva York del mapa —observó Mel Terry con sarcasmo—. La que arrasó Hiroshima queda risible comparada con ésta. ¿Y dónde la tenéis guardada? —Haces demasiadas preguntas, Terry...— repuso el Nenas.

—Es la profesión.

—Si hubieras sabido algo más del asunto, ya te habrían tirado de la lengua. En negocios como éste lo conveniente es saber poco. Cuanto menos, mejor, más posibilidades hay de sobrevivir.

—Pues aun sabiendo poco he corrido muchos peligros. Me hiciste una buena faena al elegirme para que diera la cara.

—En este drama, tu papel era necesario para llevarlo a cabo, Terry. Hacía falta un hombre de relaciones públicas, un hombre que se moviera y que supiera estar en ambientes distinguidos. Por cierto, me han contado lo de tu jugarreta con los perros para acercarte a Wan Tai.

—Por poco me pillan la policía.

—Si el agente te llega a aprehender, ahora le hubieran concedido la medalla del Congreso en honor a sus méritos —se rió Irving.

—Bien, Terry. Ahora me darás todos los números de teléfono y pondremos de acuerdo a los buitres.

—¿Ansioso por tocar los millones? —inquirió Terry abiertamente.

—Es lógico. Unos millones que me permitirán vivir con lujo el resto de mis días, lo mismo que a los demás. Tus cien mil al contado tampoco estarán mal, Terry. Después, debes estarme agradecido, te estoy proporcionando un negocio tan beneficioso como inesperado para ti.

—Beneficioso, todavía no lo sé. En cuanto a inesperado, sí puedo jurarlo.

Goldy no le quitaba sus bellos ojos azules de encima. Mel Terry se apresuró a darle los números telefónicos a el Nenas para poder acercarse a la muchacha y hacerle comprender que no estaba sola en sus dificultades y que había hecho muy mal en escapar.

CAPÍTULO XII

Era ya de madrugada y el frío se hacía sentir dentro de las edificaciones abandonadas y en ruinas.

Omalic y Dennis fumaban ávidamente para quitarse el frío de encima.

Irving y otros dos se calentaban como podían con una pequeña fogata que habían encendido en una llar abandonada en el piso superior, con maderas del propio edificio semiderruido.

Goldy tiritaba y Mel Terry, cogiéndola por los hombros, dijo en voz alta para que se enterasen los demás:

—Vámonos a mi coche. Con la calefacción nos quitaremos el frío de encima.

Omalic se apresuró a sacar una pistola con la que encañonó a los dos.

—No van a ninguna parte.

—He dicho que vamos a quitarnos este maldito frío en el coche —repitió tajante, cogiendo a Goldy por los hombros y estrechándola contra sí para quitarle frío, pues pese a ir abrigada, éste había calado hasta sus huesos por el gélido clima que vivía Nueva York aquellos días.

—Cuando venga el Nenas, él decidirá —advirtió Omalic amenazador.

—Yo no espero a nadie —replicó Mel sin vacilaciones.

Omalic se le acercó. Dennis no intervenía, aunque se mantenía a la expectativa por si juzgaba oportuno mediar en la disputa.

—El Nenas no ha dicho que salieras —gruñó poniendo el cañón de la pistola sobre el costado de Mel.

—Tampoco ha dicho que me quede. Además, a mí no me manda ni mi padre.

Omalic no supo cómo había sucedido, más sintió un agudo dolor en su muñeca.

Luego, fue volteado por el aire y se propinó la gran costalada. Cuando sacudiendo la cabeza se incorporaba, descubrió desagradablemente que era Mel Terry quién empuñaba el revólver.

Omalic miró a Dennis furioso por no haber intervenido, aunque la verdad era que Terry se les había adelantado controlando la situación.

—No irás a disparar, ¿verdad? —inquirió Omalic, forzando una sonrisa.

—No tengo por qué liquidarte —observó Mel—, pero este juguete resulta algo peligroso para un tipo como tú. Será mejor que me lo lleve yo.

—¡La pistola es mía!

—Cuando el Nenas te dé permiso, cómprate otra. Ésta me la quedo yo.

Dennis interrogó, nervioso:

—¿Vas a marcharte?

—¿Yo? ¿Y por qué habría de irme? Perdería mi parte en este negocio y después de jugarme el físico sería una estupidez hacerlo. Sólo vamos al coche a calentarnos, ya lo he dicho antes; lo que pasa es que sois demasiado suspicaces.

Empujó a Goldy suavemente hacia la salida, llevándosela.

Ni Dennis ni Omalic se opusieron; no podían hacerlo, Mel Terry controlaba la situación.

El «Ferrari» aguardaba en aquel patio en ruinas que antaño sirviera para carruajes de caballos.

Abrió las portezuelas e invitó a entrar a Goldy. Después, se sentó él frente al volante y puso en marcha el motor con suavidad, para no hacer ruido. Dejándolo al ralenti, conectó la calefacción que no tardó en climatizar el coche, librándolos de la gélida temperatura exterior. En algunas partes del propio patio veíanse retazos blancos donde la nieve había cuajado y no se licuaba todavía porque la temperatura estaba a uno o dos grados negativos Celsius.

Tras encender un cigarrillo en aquella oscuridad casi total, se dio cuenta de que Goldy sollozaba a su lado.

—No temas, Goldy; no va a sucederte nada —le dijo protector, pasándole el brazo por los hombros.

La chica movió la cabeza sacudiendo sus cabellos de un lado a otro.

—Mel, márchate, márchate ahora que puedes hacerlo —le dijo entre sollozos.

—Vaya, con que hablas, ¿eh? —preguntó asombrado.

—Te matarán cuando ya no les sirvas. Así lo ha prometido el Nenas a los demás.

—Eso ya lo suponía, pero no esperaba esta jugarreta de ti, Goldy.

—No me llamo Goldy sino Gladys Werner y soy tan neoyorquino como tú.

—Vaya, vaya, además neoyorquina, y yo tragándome el cuento de que los de inmigración te iban a la caza y que habías escapado de Dios sabe qué país oprimido que era todo un infierno para ti. ¿Y lo del capitán que te vendió en los muelles? ¿Esa historia es original tuya o del Nenas?

—Escúpeme, Mel, escúpeme. Tienes derecho a hacerlo, pero si el Nenas sabe que te estoy hablando será mi perdición.

Mel Terry seguía fumando, sarcástico y escéptico. Por ello, inquirió:

—¿Y no será parte de teatro también lo que estás haciendo ahora?

Gladys Werner volvió su rostro hacia el hombre. Había muy poca luz, pero pudo verlo húmedo por las lágrimas gracias a la claridad lunar que pese al cielo plomizo traspasaba las nubes y penetraba por los cristales del automóvil que se hallaba al ralenti proporcionándoles calor.

—Tienes derecho a dudar de mí, Mel, pero esta vez no te miento.

—De eso no puedo estar seguro. Francamente, eres una buena actriz. Muda, no entendías el inglés, a punto de ser quemada viva dentro de un ataúd... Todo un trabajo digno de un Oscar hollywoodense.

—Tenía que hacerlo, Mel, tenía que hacerlo.

Lacónico, preguntó:

—¿Por qué?

—El Nenas es el hermano de mi madre.

—¿Vas a contarme ahora un folletón familiar?

Molesta y viendo que no iba a convencer al hombre, abrió la portezuela para marcharse, pero antes de que lo consiguiera, el

hombre la agarró por el brazo y tiró de ella obligándola a sentarse de nuevo.

Cerró él mismo la portezuela, pasando por encima del regazo femenino su brazo y hombro.

—Hace frío afuera, Goldy. Para mí sigues siendo Goldy y ahora, continúa. Aunque sea un folletón puede ser interesante conocerlo.

—No quiero hablar más. Si no me crees, cuando venga el Nenas le dices que te he hablado y verás cómo no te he mentido, claro que será demasiado tarde para mí.

—¿Te ha amenazado con matarte?

—No, sólo con llenarme la cara de ácido y sé que lo hará. Mi tío es despiadado.

—Sí, yo también le creo capaz. —Hizo una pausa. Se llenó los pulmones de humo y lo expulsó con lentitud, dando tiempo a Gladys para recuperarse—. De modo que te utilizó para que yo picara en este asunto.

—Sí. Su plan era que tú, aunque según él seas un cínico, no dejarías que asesinaran a una chica.

—Y montó todo el teatro de las pompas fúnebres poniendo a una muchacha semidesnuda y a punto de ser asesinada, desvalida, extranjera y muda.

—Sí, el Nenas tiene grandes aptitudes para director teatral. Sabe crear un ambiente.

—De veras lo ha conseguido y tú eres una excelente actriz.

—Es que soy actriz.

—No me sorprende —aceptó Terry con sinceridad.

—Actriz de un teatro de poca monta en provincias. Mi tío fue a buscarme y me prometió dinero y fama si hacía un trabajo tal como él me ordenara. Yo estaba desesperada, la obra que estaba haciendo había fracasado y no veía la forma de prosperar. En el teatro, si no hay padrinazgo no hay éxito.

—Y tú no eres de las que se convierten en amantes de un productor para poder triunfar.

—No. Aunque me sonroje decirlo, lo que te contó mi tío de que soy virgen es cierto.

—Mira por donde tienes una gran cualidad que muchos no aprecian en estos días.

—Tú sí que lo aprecias, Mel. Otro hubiera intentado abusar de

mí en la situación en que creías me hallaba y, sin embargo, me respetaste.

—Todo muy convincente, Goldy. Y tu tío, ¿sólo te pidió que interpretaras el papel de chica desvalida y acorralada o te pidió algo más?

—Me exigí que cuando estuviera contigo representando mi papel para mantenerte atado le comunicara lo que hacías.

—Ya, debías vigilarme de cerca por si se me ocurría alguna tontería.

—Algo así.

—¿Y tu escapatoria de la casa del otorrino era parte del plan?

Goldy denegó con la cabeza.

—Me sentía avergonzada y ruin al ver cómo te preocupabas por mí y me respetabas.

Traté de huir.

—¿Y fuiste a contárselo a tu tío?

—No, uno de sus hombres me cazó en la calle y me llevó a presencia de mi tío. Discutimos. Le dije que no quería saber nada más de este asunto, que me sentía sucia. Me prometió fama y dinero y le respondí que prefería terminar como dependienta de cualquier almacén antes que seguir representando esta farsa contigo.

—¿Y cómo te animó a continuar?

—Me pegó y luego me mostró una botellita con vitriolo. Me advirtió que si no le obedecía, nadie volvería a mirarme a la cara. Mel, tengo miedo, me inspira horror esa amenaza, preferiría que me asesinaran.

—Te comprendo. Ha de ser muy duro para una chica hermosa y además actriz que le destruyan su rostro.

—Mel, márchate, estás a tiempo de salvarte.

—¿Y dejarte sola? —preguntó irónico.

—¿Qué importo yo? Ya sabes que llevo la misma sangre que el Nenas.

—Se supone que me he convertido en tu protector, y la verdad, me gusta ese papel en la función que todos estamos representando. Eres una chica muy bonita y me pareces desvalida aunque no seas muda.

Goldy se inclinó hacia delante y Mel Terry la besó. Trémula, casi sollozante, se entregó totalmente a la caricia.

De pronto, la portezuela del automóvil se abrió y una linterna les enfocó de lleno.

—Eh, pareja de tórtolos —intervino la voz del mismísimo Humberto Queens.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Mel cubriendo el rostro femenino que aún suponía húmedo por las lágrimas de arrepentimiento y vergüenza que ahora podían delatarla—. Ya está organizada la subasta.

—¿Y qué?

—Nada, que tú vas a ser una vez más quien tenga que dar la cara.

CAPÍTULO XIII

La reunión había sido preparada por Humberto Queens en una *suite* del WaldorfAstoria, el más grande y lujoso hotel *de* Nueva York ubicado en la Avenida del Parque.

Mel Terry se había adelantado y ocupaba la *suite* que el propio Queens rentara. Por otra parte, a nadie extrañaría que millonarios de las finanzas estuvieran en aquel hotel. La subasta pasaría desapercibida para todo el mundo y sólo cuatro hombres tendrían opción a ella.

Mel Terry aguardaba su llegada.

Montó el aparato telefónico tal como le habían indicado y la mesa con copas y cuatro botellas de *whisky* escocés auténtico.

El primero en llegar a la *suite* fue Muley Alad Mohamed, el sirio. En silencio, Mel Terry le hizo pasar señalándole la mesa.

Muley Alad Mohamed miró con curiosidad la pantalla blanca reflectante de gran calidad, situada sobre un trípode metálico frente a la mesa en que habían situado las cuatro butacas.

Mel Terry tenía la misión de hacer de hombre de relaciones públicas en aquella singular y secreta subasta.

De nuevo sonó el timbre de la puerta y apareció Jeremías Hanker, hombre delgado, cano y enjuto, pero de mirada aguileña que les sonrió.

—¿Cómo se encuentra, señor Terry?

—De modo que usted también ha averiguado mi identidad.

—Yo averiguo lo que me propongo, señor Terry.

—Señor Hanker, creo que esa frase la he oído antes en alguna otra parte. Ah, lo siento por sus cuatro enviados especiales. Sufrieron un desagradable percance junto a la carretera.

Hanker no se irritó por el recuerdo de sus hombres acribillados a balazos.

Pasó al interior de la estancia y miró con recelo al sirio-árabe. Ambos eran antagónicos, pero se saludaron con fría cortesía. Estaban en Nueva York, no en Oriente Medio.

El tercero en aparecer fue Akent el Abadelin. El egipcio ocupó un lugar junto al sirio.

Mel Terry comprendió las dificultades que normalmente surgirían en las reuniones internacionales para acomodar a los asistentes y evitar en lo posible antagonismos irreconciliables.

El chino Chang Wan Tai apareció el último. Sonriendo como le era acostumbrado, observó en su perfecto inglés:

—Veo, señor Terry, que no olvida usted su promesa y juega limpio.

—Jugar sucio siempre acarrea dificultades, la mayoría de las veces irremediables, señor Wan Tai. Adelante, ocupe su sitio, pronto comenzará la subasta.

Tal como se les había ordenado, los cuatro millonarios habían llegado sin sus guardaespaldas de costumbre, aunque éstos debían haber tomado posiciones en el hotel para caso de emergencia.

Mel Terry corrió el cerrojo de la puerta, aislándose del exterior.

Miró a los cuatro millonarios dispuestos a comprar la bomba «H». Se hallaban en silencio, fumando y tomando sus respectivas copas servidas por ellos mismos contra su costumbre. De izquierda a derecha estaban el judío, el chino, el sirio y el egipcio.

—Caballeros, antes de iniciar la subasta haremos un poco de historia.

Todos asintieron con la cabeza. Mel Terry se dirigió al teléfono y marcando un número corto, dijo:

—Señorita, quiero línea directa con el exterior y privada.

Aquella orden en un hotel como el Waldorf-Astoria significaba que la comunicación telefónica no sería escuchada por nadie. La dirección del hotel respondía de ello.

Cuando escuchó el sonido característico, hizo una segunda llamada, ésta más larga. Conectó una llave que había al lado del aparato y escuchó una voz fuerte que pudo oírse en toda la sala.

—¿Diga?

—Soy Terry. Todos nuestros buitres están reunidos.

—De acuerdo —aceptó al otro lado del hilo la voz de el Nenas que iba a dirigir la subasta pero a distan— cía. Como había dicho,

Mel Terry seguiría dando la cara por si algo ocurría.

—Todos te escuchan bien. Empiezo con las diapositivas.

—Un momento —pidió Queens—. Caballeros, están aquí reunidos para poder comprar lo jamás vendido hasta ahora a hombres no representativos de sus respectivos Gobiernos aunque, al fin y a la postre, lo que compren sirva para sus Gobiernos. —Hizo una breve pausa. Los cuatro millonarios reunidos escuchaban atentamente—. Éste es el primer plan que hemos llevado a cabo en su totalidad, pero inmediatamente será puesto en marcha el segundo y nosotros no fallamos.

—¿A qué se refiere? —inquirió en voz alta el judío.

—En un plazo no muy largo obtendremos posiblemente más carroña y ustedes ya me entienden. Conocemos el punto débil de nuestras víctimas y como verán con posterioridad, todo el plan funciona a la perfección. Digo esto para que los que se queden sin poder comprar no se sientan defraudados y resentidos. Tendrán una nueva oportunidad de subasta dentro de poco tiempo. Continuar siendo amigos es lo que más nos interesa. Ahora, Terry, apaga la luz y proyecta la primera de las diapositivas.

Mel Terry obedeció y en la pantalla blanca apareció la primera fotografía.

Pudo verse claramente como en la noche y en color, gracias a un potente *flash*, un avión se estrellaba contra el mar.

—Podrán ver claramente el aparato siniestrado que ha perdido la aviación norteamericana. —Hizo una pausa y después ordenó—: Terry, la segunda diapositiva.

Se veía un camión grúa en la noche, tirando con su potente, brazo y cables de un artefacto, una bomba nuclear, sin duda, que cuatro hombres-rana, de rostros totalmente irreconocibles por las gafas y las boquillas de oxígeno, ayudaban a extraer de la costa oceánica.

—Como verán, la bomba «H» es sacada del océano por nuestro equipo.

Los cuatro hombres mantenían sus atentas miradas fijas en la pantalla y se pasó a la cuarta diapositiva a todo color.

Se veía un camión cisterna, cuya cisterna estaba seccionada por la mitad. La otra mitad se hallaba en el suelo y dentro de la cisterna había sido colocada la bomba, bien acoplada para que no sufriera

vaivenes.

Junto al camión aparecían cinco hombres encapuchados.

—Podrán ver ustedes mismos cuál ha sido el procedimiento de captura de la bomba. Ahora, rápidamente, nuestro amigo Terry proyectará unas diapositivas en las que podrán ver al capitán Howard Kenneth junto a la bomba, al lado del camión y otra cuando entraba en el consulado yugoslavo antes de ser eliminado por traidor.

Mel proyectó las diapositivas y pudo verse claramente el rostro del capitán Kenneth, único superviviente de la caída de su aparato, pues se había lanzado en paracaídas como tenía previsto.

—Terry, retrocede a la diapositiva en que aparece la bomba en el camión cisterna. Con ella proyectada, realizaremos la subasta.

Quedó en pantalla el camión, la bomba y los hombres encapuchados. El Nenas volvió a hablar.

—Caballeros, ya conocen la mecánica de la subasta que comenzará con un mínimo de diez millones e irá subiendo por medios. El señor Terry controlará la puja. El que gane pagará en la forma que se le indique y se llevará la bomba en el camión. Sacarla en barco o avión de Estados Unidos será problema suyo. A ninguno de ustedes le será difícil hacerlo, ya que poseen barcos en los que se puede cargar un camión cisterna y luego zarpar rumbo a su país.

Todos asintieron con la cabeza.

Terry había recibido instrucciones del *gángster* para llevar adelante la subasta por el sistema que él había impuesto.

—Bien, los que están dispuestos a pagar diez, que levanten su mano.

Los cuatro hombres alzaron sus respectivas diestras.

—Diez y medio.

La subasta fue subiendo. A los quince millones de dólares, el egipcio bajó la mano.

—El señor Akent el Abadelin abandona —dijo Terry en voz alta para que lo oyera el Nenas.

El segundo en renunciar fue el sirio, a los diecisiete millones.

Quedaron frente a frente Jeremías Hanker y Chang Wan Tai. El primero en desistir fue el judío, a los veinte millones de dólares, y el artefacto quedó adjudicado al chino de Taiwan.

—Bien, caballeros, la subasta ha concluido —dijo el Nenas desde

el otro lado del hilo, evidentemente satisfecho, pues la subasta había llegado más alto de lo que él imaginara—. Los que no han conseguido comprar en esta ocasión, serán avisados preferentemente en la próxima subasta. Ahora, gracias por su presencia. Nuestro amigo Terry destruirá las diapositivas para que no quede constancia alguna de esta reunión.

Delante de todos y sobre un cenicero de bronce, Mel Terry quemó las diapositivas y volvió a hacerse la luz en la *suite*.

Acompañó a los no compradores, no demasiado defraudados, pues ninguno de sus antagónicos países había adquirido la peligrosa y disuadora bomba «H».

El chino estaba contento y al regresar Terry junto a él, observó:

—Sabía que terminaría comprando aunque, la verdad, resulta muy cara.

—Una bomba «H» de un megatón práctico y no teórico nunca es cara. Ahora, creo que quieren darle instrucciones acerca de la forma en que debe de pagar para llevarse su carroña, señor Wan Tai —observó Mel Terry cuando comenzó a oírse de nuevo la voz de el Nenas al otro lado de la línea.

CAPÍTULO XIV

Mel Terry arribó al United States National Bank junto a Wan Tai en el «Cadillac» de éste, precedido de otro automóvil con escolta armada particular y seguido por otro vehículo escolta.

Wan Tai había ordenado al Banco la puesta a punto del dinero que deseaba recoger en el mayor de los secretos, teniendo en cuenta el volumen de billetes.

Pasaron al despacho del director.

El jefe de cajeros llegó con una maleta negra que puso sobre la mesa despacho, abriéndola.

—Aquí están los veinte millones quinientos mil dólares en billetes de diez mil dólares. Dos mil cincuenta billetes que deberá contar usted, señor Wan Tai —dijo el director de la entidad.

Todos observaron aquellos cuatro grandes montones de quinientos billetes y otro mucho más reducido de cincuenta, billetes que si bien no servían para irse a tomar una cerveza o comprar una localidad de cine, sí servían para ingresarlos en cualquier otro Banco, fuera norteamericano o extranjero.

Wan Tai miró significativamente a Mel Terry que cubría sus ojos y parte del rostro con unas grandes gafas. Terry asintió.

—No es preciso contar —respondió el oriental a los dirigentes del centro bancario—. Ustedes no se equivocan.

Wan Tai miró significativamente a Mel Terry que documentos en los que acreditaba aquella retirada de dinero de su cuenta. La estancia en el Banco fue breve, su director no hizo preguntas. Wan Tai era un buen cliente y aquél no era el único efectivo que tenía en su cuenta. Por otra parte, estaban acostumbrados a que hombres de su importancia efectuaran transacciones algo extrañas en apariencia y que les servían para hacer grandes negocios en momentos determinados.

Regresaron al «Cadillac». Wan Tai portaba el maletín con los

veinte millones y medio de dólares en billetes de a diez mil, todos ellos flamantes.

Dieron un rodeo por la ciudad para prevenir cualquier seguimiento policial. Mel Terry ordenó la detención del coche y un hombre se acercó a ellos. Era Dennis, que pasó a la parte delantera del coche para dirigir la ruta.

—¿Todo va bien? —preguntó Dennis a Mel Terry.

El periodista asintió con la cabeza y señaló el maletín.

—Adelante —dijo Dennis.

Los automóviles se dirigieron a las casas en ruinas del angosto barrio.

Dennis les hizo introducirse por el gran portalón y ya dentro del patio, los tres automóviles se detuvieron.

Aparecieron dos encapuchados que Terry reconoció de inmediato. Uno era el propio Queens y el otro Irving.

—Buenos días, caballeros —saludó el Nenas—. Todo saldrá perfectamente si no cometen ninguna tontería. Lo tengo todo controlado. Mis hombres podrían barrerlos si intentaran alguna estratagema.

—Todo se hace como usted ha pedido —dijo el oriental comenzando a demostrar impaciencia—, pero si ustedes intentan algo, también nosotros responderemos.

Los hombres de los dos coches de escolta iban armados con metralletas y posiblemente las carrocerías de los autos estarían blindadas.

—¿El dinero?

—¿La bomba? —preguntó el chino a su vez.

El Nenas gritó con voz potente:

—¡Vamos, afuera!

Por debajo de unas arcadas, una pared comenzó a derrumbarse y por encima de los escombros avanzó un camión cisterna que gracias a su potente motor no tuvo dificultad en rebasar los ladrillos que estaban sin cementar.

El camión, maniobrando con cuidado, se centró en el patio encarado con la salida.

—Aquí dentro está la bomba.

Wan Tai pronunció un nombre y un sujeto con un aparato salió de uno de los automóviles de escolta, acercándose al camión.

Trepó por el mismo hasta llegar a la compuerta superior que abrió sin dificultad. Vertió la luz de una linterna hacia el interior y luego puso el detector Geiger que comenzó a marcar con fuerza. Volvió a cerrar y asintió con la cabeza.

—Todo en regla.

—Bien, aquí tiene su dinero —dijo el chino entregando la cartera a Mel Terry.

Uno de los orientales subió al camión ocupando el lugar del encapuchado. Se dispuso a sacarlo de las edificaciones en ruinas donde permaneciera oculto.

Había una gran tensión general.

Al fin, los coches de Wan Tai, incluido el camión, desaparecieron en las calles de Nueva York en dirección a los muelles donde aguardaba un mercante en el que sería cargado el camión con sumo cuidado.

El Nenas se quitó la capucha y tomó con brusquedad la cartera de manos de Mel Terry.

La abrió, vio los billetes y comenzó a reír de forma psicopática.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, Nenas? —preguntó Terry.

Antes de que el *gángster* respondiera, descubrió a Goldy en una ventana, medio oculta.

Sin cesar en su hilaridad, Queens explicó a duras penas.

—He llevado a cabo el mayor timo que recordará la historia, el «boom» del hampa. He vendido una bomba de hidrógeno que no existe y el chino se llevará el chasco más grande de su vida, aunque supongo que cuando en Formosa quiera vender la chatarra que le he endosado, alguien lo meterá entre barrotes o le pegará un tiro sellando este hilarante asunto.

—¿Dices que no había tal bomba? —preguntó Mel Terry enarcando las cejas. Cerca de él estaban los billetes y los secuaces del *gángster*, ya libres de las capuchas.

—Sí, sólo había que crear un clima. Es cierto que derribamos el avión y que nos hacía falta una especie de testigo que fue el capitán Howard Kenneth, al que drogamos convenientemente y que no sabía nada de nada. Caldeamos más el asunto cuando lo hicimos volar en el Consulado de Yugoslavia. Después, vino el movimiento entre los espías internacionales. Supongo que el Pentágono iría negando que había perdido una bomba «H» y no mentía, claro.

Había que crear un caldo, una función teatral. Un buen timo no se monta sin arte y el chino ha picado.

—Entonces, ¿las diapositivas de la bomba y el Geiger?

Irving se arrancó los aditamentos plásticos que desfiguraban su fisonomía y al fin libre de ellos se presentó.

—Soy el mayor Conwell, ingeniero de las fuerzas aéreas. Yo fui quien ideó este asunto, quien saboté el avión para que cayera en determinado lugar. Me arriesgué, pero como tengo acceso a los bombarderos, no me fue difícil. Yo conocía bien cómo son las bombas, por ello construí una falsa, sólo la carcasa y unos cuantos tubos por la abertura.

—Pero ¿y la radiación?

El *gángster* continuó explicando:

—Sólo es un cartucho de material radiactivo de los que se emplean en miles en las centrales termonucleares y que no valen ni mil dólares cada uno, aunque yo he pagado veinte mil por éste, robado en una central nuclear de Ohio. Un cartucho que apenas tiene valor, pero que emite radiaciones para engañar a un contador Geiger. Menuda sorpresa se va a llevar el chinito cuando descubra que sólo se ha llevado una chatarra.

Siguió riendo cuando en la mano de Mel Terry apareció súbitamente una pistola con la que les encañonó.

—Ha sido un sainete muy divertido de engaño tras engaño, pero se terminó.

—¿Eh, qué pasa? No pensarás quedarte tú con todo el botín, ¿verdad? —preguntó sorprendido.

Omálic quiso reaccionar sacando otra pistola con la que había repuesto la perdida y que en aquellos momentos no se hallaba en poder de Mel Terry, ya que era otra la automática que empuñaba.

Mel Terry le disparó sin contemplaciones.

Omálic, con el arma en las manos, cayó cuan largo era.

Se escucharon dos disparos más que brotaron de una ventana que se hallaba casi enfrente. Cayó otro de los hombres de el Nenas, armado con una metralleta.

—Gracias, Goldy. Has sabido emplear la pistola que le quité a Omálic.

—¡Esto es una trampa! —chilló asustado Humberto Queens.

—¿Ahora te das cuenta? —le replicó Terry, agregando—: Si

alguien más quiere morir, sólo tiene que hacer una tontería.

Nadie se movió, se sentían acorralados y sorprendidos.

Terry sacó un silbato que hizo sonar con fuerza.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el Nenas.

—Pronto estará esto lleno de agentes de la M.P., del FBI y de la Metropolitana. Este caso pertenece un poco a todos. Ahora tendréis que responder del sabotaje de un avión, de un policía de la Metropolitana y de cuatro hombres junto a la carretera. Creo, Nenas, que no tendrás tanta suerte con tu sentencia como la vez anterior. Se me olvidaba decirte que he estado en contacto con la policía desde el primer momento que comencé a saber de qué iba el asunto, es decir, después de que me soltara ese imbécil de Wan Tai que ya no podrá regresar jamás a Estados Unidos, pues se le declarará persona no grata por su participación y complicidad en varios delitos.

Coches patrulla, *jeeps* y automóviles negros fueron irrumpiendo en el edificio en ruinas mientras una docena de agentes armados con fusiles provistos de miras telescópicas aparecían por lo alto de los tejados.

Goldy descendió corriendo de donde estaba para terminar abrazándose a Mel Terry entre sollozos de alegría. Había ayudado en la captura de los delincuentes redimiéndose de su pequeña colaboración en el caso cuya trama no conocía totalmente.

—Nos veremos en el infierno, Terry —masculló el Nenas, mientras unas esposas se cerraban alrededor de sus muñecas—. Te has perdido cien mil dólares que habrías ganado limpiamente. —Luego, escupió al suelo.

—Yo no pierdo, Nenas. He ganado a Goldy y voy a escribir el reportaje más sensacional de los últimos tiempos con tu «*boom*» del hampa.

Riéndose el último en aquel difícil y oscuro caso, Terry besó los labios de la bella Goldy mientras tras él aguardaban pacientes los jefes de la Military Police, de la oficina del FBI en Nueva York y el comisionado de la Metropolitana, los tres puestos al corriente de lo que se fraguaba gracias a aquel periodista *free-lance* que había preferido colaborar con la ley antes que con el hampa.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España

NOTAS

[1] Very Important Person. < <